

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

# *Carta de Amor*

Miguel Torres Morales



Digitalizado por Katharsis  
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

## Miguel Torres Morales



Fotografía del Autor por [June Ueno](#)

**Miguel Torres Morales** nació en Arequipa, el 5. 12 de 1973, en el sur del Perú.

Estudió en el colegio alemán de Lima Alexander von Humboldt, y posteriormente, curso estudios en la Universidad de Bonn de Germanística, Filosofía, Romanística.

Más tarde trabajó como profesor en el Colegio Humboldt en Lima. Actualmente está enseñando español en un instituto alemán, cerca de Hannover (Gehrden).

Es poeta y gran creador, es un atrapasueños que ama la vida y sueña con la paz.

Entre sus obra poética podemos leer en este número los siguientes poemas:

- “Regreso del molino de la vida” de *Los Versos del Almirante*
- *Carta de Amor*
- *Carta de Navegación*
- *Arte de Trovar*

## CARTA DE AMOR

Te miro, Amor, para guardar silencio,  
con gana atroz de vivir dulce muerte  
que lo pueda todo en mi fatal locura,  
y transformado en ser que gruñe, me echo  
a robar, ebrio, las rosas, y desgarró  
estos dedos que no podrán tocarte  
y sangran sin fin. Tú vienes  
como una protesta en un alud de piedras  
con nieve tan antigua, que no duele,  
pero el rostro se congela amando siempre.

Tú eres. Tú eres algo  
que se hunde como un garfio en el hielo  
como un garfio que me saca,  
siendo clavel, claveles del pecho  
y una sangre negra, cuya sombra  
cae en tus cabellos, se hunde  
en tu boca, maizal que me llora,  
vas vestida de rojo como toro,  
como una flecha que no llega nunca,  
como esa carta que esperamos y se pierde,  
carta robada por el viento, cuyos dedos ágiles  
todo nos lo esconden. Ese viento  
que parece dos columnas, y en el medio  
un ángel que enloquece, rota el ala,  
un cuerpo que me espera como el paso  
que goza en el crujido de las hojas  
del arce en el otoño, pero el rostro,  
este rostro que es de piedra, sueña  
con horda de miradas, se me cae  
como costra, pero otro ángel nos mira  
como el cuello de un camello que se agacha,  
y alguien ha arrojado mil anzuelos  
que me ensanchan el alma finalmente.  
Y muerdo con la esperanza a flor de boca,  
y el garfio rasga el paladar del cielo,  
para seguirte mirando, Amor que pasas,  
para que vuelen, sobre el campo, las cornejas,  
y el ruiseñor nos cante encarcelado

como los montes que en sus curvas resucitan,  
como las cumbres donde habita el día, sabio,  
mientras la lluvia, entre las rosas, chapalea  
como quien viene agonizando. Pero tú eres  
eres una rosa azul que me mira,  
me miras mejor para olvidarme  
como se olvida el lago de la piedra  
y del pato peregrino, silvestrillo pato  
que gritaba enloquecido por el doble  
cañón del cazador. ¡Cómo tiemblo!  
Mis ojos te han querido como al agua  
que se pierde en mi garganta y me hace,  
me hace todo, esfinge, polvo puro  
polvo que huye de todas las pestañas  
como de acantilados. Algo cae  
cuando la ola surge, y qué boca, en su silencio,  
podrá esconder diamantes. Cielo,  
cielo que no me escuchas, muero  
con una antorcha en el ombligo, trigo,  
mis manos son arroyos sin descanso,  
moras que amaron Salomón sin sábanas,  
bahías de la nada más oscura,  
perros que ladran, manos que abren  
mi carne y sacrifican diafragma,  
porque la vida es hecatombe que comienza  
cada día sin fin, es una fruta  
que busca la lombriz, la tarde,  
y todo es manantial que rompe  
las costillas, el silencio, los peñascos  
que alguien muerde, mas la frente  
le llora a Sísifo no sangre,  
huerto sin maná por las laderas,  
¿eres tú? Tu espada lima  
todos los fuegos, con azufre,  
y Sodoma se nos quema en el vestido,  
y eran tus mejillas dos lechugas,  
y tus ojos algo de silencio concentrado,  
¡cómo eras! Cuesta, cuesta que amaba,  
y dolías y yo te esperaba  
allá bajo la lluvia sin paraguas  
y el sexo hecho carbón mojado, y preguntaba  
por qué se tiene que esperar  
para que duela. Y la frente

se me iba contra el suelo en charco,  
y pensaba en cada rosa y me salía  
algún arquetipo sin nombre. ¡Y cómo!  
Cómo amar una mujer sin desearla, Don Quijote,  
cómo nacer sin una madre rota,  
cómo hacer harina sin molino,  
sol sin pan y pan sin horno,  
dame un poco de adiós para que olvide,  
una taza de té que me contenga  
pues ya cada jardín tendrá tu nombre,  
y en el mar yaces, como un alga,  
tus muslos me enloquecen todavía,  
cuento los días cuando nada,  
y pienso en la mano afortunada,  
canasta en que tus senos van brincando  
como peces, como panes puros, como todo,  
isla sin palmera, mi palmera en isla,  
quema la cintura, chispa por lo oscuro,  
mi alma, ¿dónde está? Yo no la tengo,  
la pierdo palabra tras palabra,  
mi cuerpo es una calle, tú la cruzas,  
corriendo cuesta abajo, no tropiezas,  
ignórala, qué calle sin renombre,  
huella de un demiurgo que forjara  
paso a paso mil caminos. Dame  
tu todo para ser mi nada. Quitá,  
sol, reliquia, todo. Quitá, corazón finito,  
rota arquitectura, la tarde es hombre  
con sangre en los cabellos, hombros  
de delfín, espada cumbre, a veces  
marcan las Euménides el rostro,  
ciervo perseguido, las ramas te desean,  
el agua que bebiste te desea,  
los dientes del león con su blancura  
sobre todas las cosas te desean,  
sueñas con tu boca que derrama tierra,  
puerta vegetal, hongos te llenan,  
hay en tu voz vestigios, llamaradas  
de tu rostro, cada día, en la mañana,  
está preñado el aire de mellizos,  
mil años que renacen con su llanto,  
¿quién ve tu pan entre las manos, niño  
que fijas la mirada ante la foto?

Pero eres todo, cuerpo de ventana,  
arco iris de trueno, el cielo es asno  
que carga con las ansias del frustrado,  
hay ojos que apuntan, mas no miran,  
hay un peñasco entre los nombres de ceniza,  
y cómo pesan estos brazos cuando quieren  
abrirse y confundirse con las nubes,  
cómo duele el alma cuando quieres  
decir que algo de Amor está naciendo,  
muchacho con las alas recortadas,  
tus flechas están rotas, arco curvo,  
carcaj agusanado cual manzanas  
del tiempo que es un niño y se masturba,  
y se pregunta en su agitada hombría:  
"¿No he sido alguna vez aquel galope  
de potros de almidón que olía  
a vida, a pajonal, a limonero, a anís, a fuego?"  
¿No soy, de cuerpo entero, hoy enteramente  
geranio, girasol, arroyo, duna?  
Mi lengua sabe a cal, a lava,  
tu ombligo es el *apéiron*, y Aristarco,  
al verte, descubrió la redondeza,  
quizás no descubrió siquiera  
que estaba viendo. (Se exagera.)  
¿Y qué ángel marinero con tridente ígneo  
traspasa las ventanas de los años,  
qué agua es la que cruza tus colinas  
cual chorro que parece de mil Nilos,  
y qué agua es la que lleva en sus espaldas  
cañones y alabarda en carabelas,  
qué amor es el que llora y se me ahoga  
pues lejos permanece la presencia,  
el cuerpo cuya sombra me desgarras.  
¿No es el amor un nombre, cuyas letras  
se pierden en las nubes, con los mirlos?  
¿Es el amor comercio? Yo no quiero  
comprar tu boca ni tu sexo de agua,  
soy un trozo de vivir que vive sin esfuerzo,  
que caigan sobre mí millar de truenos,  
maldigo a las monedas, al boleto  
que brinda acceso al cavernario puterío,  
prefiero sepultarme sobre techo  
a salir cual cazador a media noche.

Mas no nos engañemos: una daga  
Es nuestro cuello. Toco ya tu boca,  
con mis labios la trituro, simplifico  
el verbo y esta lluvia que lo dice todo  
e ignora su caer. El fuego fuesa,  
conversa con el leño mientras arde,  
el agua arranca sendero a la campiña,  
las hojas se acurrucan en el árbol,  
"el ave vuela" es cual decir  
que está caminando con las alas,  
surcando los caminos invisibles,  
oh sí, oh sol, volvedme loco,  
hoy mezclo a medianoche con la helada  
este cuerpo cuyo arado cruje  
y se enrojece y duele como fuego,  
como mil puñales que me cunden por la sangre  
hirviendo como hormigas  
cortadoras de las hojas de los poros.  
Déjame perder, oh Noche, deja  
que este perdedor siga perdiendo  
las horas otorgadas a la vida,  
no hay río para el cuerpo que se muere,  
oh dadme el fuego entre mi boca  
para matar ya todo lo de adentro  
y no haya lo que estorba desde afuera.  
Grito. Grito de cuervo que se acaba  
y se pierde en las ramas. Grito hundido  
en tu corazón, que no se mueve,  
y tu niñez retorna cual mil olas,  
estás debiéndole un centavo, Amada mía,  
y alguna vela a San Antonio.  
Estás debiéndole una deuda sin su cáliz,  
alcohol sin fondo, perdición, pero no importa,  
a veces uno llega y se detiene y dice  
un suspiro que vale dos reales,  
acaso hay remembranza que se aviva  
en brillo de moneda diminuta  
de cinco centavos con la flor que canta.  
Acaso nos espera sobre el puente  
ese aire que soñaba con hundirse  
y hacerse ebullición en la garganta.

Pero uno siempre muere.  
Uno siempre muere, Amor, y no en tus brazos,  
porque eres heridor, no medicina,  
y uno muere con tanta ilusión, a destiempo, tan de prisa,  
que se apiadan y se juntan las cenizas  
en forma de mujer, para besarlo,  
para morir con la alegría de ese beso,  
para creer que se ha vivido por la espera,  
por esa ancla de luz, por ese beso.  
Mas otro nace alguna vez, tan sólo  
se nace para ser lo que bastantes  
veces no pudimos ser, porque si hubieran  
las ruinas del perdido paraíso, si existieran,  
¿dónde estaríamos aun sabiendo  
que uno se enamora inútilmente,  
que uno sería otro si quedara  
se quieto en las mañanas sobre cama:  
el mundo nada pierde si la tinta  
dejara de correr. Quizás ganara  
la paz que las tormentas busca  
Jonás, oh dime si la historia  
no es sueño provocado por tu pecho:  
para ser la piedra del abismo,  
y decirle al viento tantas cosas,  
que la vida es larga y el camino corto,  
que todo país es limitado  
baluarte de alambradas y de cercas,  
yo quise alguna vez la libertad, la dicha,  
yo quise que el trabajo me alcanzara  
para no protestar. Nos duele Sísifo,  
porque esta vez la roca lo ha aplastado,  
una roca buena, de esas que nos ven a diario  
y dicen comprendernos, nos saludan  
con un "hola" de adiós, y encima  
sienten lástima y saben disculparse  
largamente, Sísifo, no importa  
donde pongamos las comas en la frase  
que las piedras al rodar nos dictan.

Amor, yo te bendigo, porque dueles.  
Te bendigo aunque parezcas cruz que mata,  
música del tiempo infinito.

Hay gotas del silencio que me ahogan,  
brazos de humo que me tocan y son tuyos  
como la honda angustia del ayer callado,  
hay cuerpo de ultramar que quiere  
tocarte como a lirio las pestañas,  
quererte inútilmente cabo a cabo.  
Eres de tempestad. De todo tú eres.  
Multitud de centeno que se estrecha,  
puente de la luz, anzuelo ayer, te amo,  
amo tu mejilla mezclada con el polvo,  
amo las escenas que se siguen en mi mente  
y en la tuya en todas partes tanto,  
amo la inminencia, las palabras que son piedras  
y llenan con diamantes mis rodillas,  
pareces un nidal que se estremece  
con vientos prohibidos del verano.  
Tu vientre es una fragua de Caldea,  
tus manos son las olas del Mar Rojo,  
¿dónde estarás al fin? Dónde con todo.  
Yo pienso en tus pestañas, tus cabellos.  
No hay palabras que puedan describirte toda.  
No sé decir cuál es el color de tus cabellos,  
su color es como cuando los ruiseñores me cantaban,  
como cuando niño a los olivos trepaba,  
como cuando desde lo alto caía y mi rodilla sangraba  
mezclada con la grama, el barro, el tiempo;  
mi sangre es como lodo que humedece  
las puertas del silencio y de la aurora,  
mis lágrimas son aguas del buen Rhino  
que fluye eternamente y te embellece:  
pienso cada vez en tu cintura  
al ver las nubes blancas que se arquean;  
nieva sobre el sol, el sol es nieve,  
nieva en la Münsterplatz, nievan los años,  
allí tus manos van moviendo los instantes,  
allá tu cuerpo se presenta y se aparece,  
y luego se me escapa como el agua.  
Tus manos son guitarras, eres tanto,  
sirena que me arranca los cabellos,  
risco, fundamento, fontanar, la rada  
que acoge con su encanto la esperanza,  
hete aquí: tus labios parecen esperanza,  
se arquean como ciervos brincadores,

tus labios son cual huellas que se entierran  
amantes de la orilla en las arenas,  
tus labios son como soñar que abrazo  
tu cuerpo mientras nos empapan las espumas,  
tu todo, tu carne de venada, tu fogón,  
carbón que todo lo enrojece,  
distancia del vivir, horizonte que muere,  
yo no sé si tú vives, Amor, yo no lo sé,  
quizás eres tan sólo el espejismo,  
la distancia que no leo en las mañanas,  
la amargura que purpura mi garganta,  
tu boca es una cueva, pero dulce,  
tormenta de azahares, llueven rosas,  
tus manos son cual aves que me atrapan  
el ave que a de gusto te enseñara  
el mejor de los amores que nos tullen,  
el más atrevido de los vuelos, ¿oyes?  
mis padres fueron piedra y permanecen,  
mis padres fueron sexo y turbia aldaba,  
amantes del rocío y del pecado,  
tremendos luchadores en trigales,  
mis padres fornicaron por la noche,  
la luna los miraba sorprendida  
blandiendo sus cuchillos de azul plata,  
la luna es pino blanco e infinito,  
el sol es una mano que pretende  
cogerte fijamente del cabello,  
a veces me despierto en las mañanas,  
mi sexo levantado como un monte,  
y pienso en ti si las espumas surgen,  
y lloro, Amor, porque quisiera  
que tantos ríos siguieran sosegados  
su corriente natural, su paso blando,  
su carne esperadora, su distancia herida,  
qué hermosa es la vida!

Déjame decirte que estoy loco y poco importa y no hay sintaxis. Soy el viento, el suelo que pisan los zapatos y la suma de todos los zapatos y la suma de todas las piedritas dentro de los zapatos, pero nada duele y estoy loco, porque soy el mar y también la ola y la espuma que corona la ola, y el silencio y la vida y el caminar sobre la vida, o el volar sobrevolando, yo soy pero no soy, porque el yo no existe y yo no existo aunque crea que estoy existiendo como suelo, zapato, piedra del

zapato, mar, espuma, piedra, erizo, silencios y lo que nos dejan los silencios en estas pobres almas que somos, flores somos, puente somos, amor somos, y el amor es purgatorio, y su fuego nos acaba, aniquila los años que vivimos, también los que viviremos, y con lentitud avanzan los relojes, nuestra es la esperanza de ser, la creencia de que somos, cuando bien no somos. No nos duela nada. Somos el pasto de las reses, las reses y la leche que producen las reses. Somos el cielo infinito y sólo tenemos el cielo infinito. Nuestra es la soledad, el puro silencio, las quietas cadenas. Dejarme estar loco: pararme de cabeza y andar desnudo por las calles. Pararme en una mesa y masticar las rosas que mi pecho desgarran, masticarlas con la fruición de las cabras, y romperme los labios y troncharme la lengua y enterrarme en las olas del Rhino y acabarme o arrojarme del puente por ti, o saber que soy la banana que mastico, y que es pensando en ti que la mastico, y que mío es el morir, que mío no es matar. ¿Mi boca fue amor? ¿Fue amor mi boca? No preguntemos. Seamos los peces que somos. La distancia podrá deshacernos por fin algún día, los amplios campos abiertos de sol en la llanura, con los rayos que lloran y el horizonte que reverbera. Somos este día y la pobre medida de este día. Más no podremos. Nuestro es el dolor, y en el dolor hay callada alegría. El placer... es de las piedras. El goce, de los hongos que todo lo empolvan con esporas, de la lombriz, del caracol. Déjame a mí ser loco y recordar la remota mañana de otoño cuando te vi primero, hace tanto tiempo, hace ya tres años. Déjame ser la zorra que de tanto brincar ante las uvas que se alejan declara ser estoica, y más, oh más, ya no podremos.

Amor, quiero verte en la noche, detrás de las ventanas, tan azul, cuando el día está muriendo como un barco en mi pecho. Quiero verte en cada torre, en cada rostro, en la manzana que me espera cuando el seminario acabe. Quiero ver tu boca en las nubes que se tiñen y parecen escaleras. También detrás del horizonte y en el horizonte mismo, marcado por las copas de los árboles distantes en el Monte de Venus. Quiero verte en las campanadas, cuando dan las seis, también las siete. Siento algo, pero no sé qué siento, quizás no siento nada y eres tú todo lo que me sucede, la suma de todos mis instantes estallando en el presente, el viento que entra lentamente en los recintos como una lengua de agua que se mete en la boca y halla su estuario en los sueños. Quiero verte, verte ahora. Darte la mano y sentirla como un mundo y besarte en silencio y mirarte a escondidas el cuello. Quiero ver tus oídos cuando el tímpano te truena. Quiero oír tus cabellos cuando caen como un arpa infinita sobre tus mejillas, tus cabellos que son una horda de jinetes que devastan todo. Yo no estoy aquí, yo estoy escuchando tus palabras, aunque calles. Oigo tus palabras sin cuerpo. Sin cuerpo esta noche, porque estás lejos, pero existes. Quisiera brincar hacia el abismo como un coyote y hallarte en el suelo. Trato de imaginarte, de verte, y aparece una leona en medio de la pradera. Cierro los ojos y la oscuridad me duele. Yo soy la noche. Una noche que extraña la llegada de la luna para conversar con ella. Una noche que sólo consta de deseo. Abro los ojos y suspiro, suspiro porque estás lejos. He

ahí la distancia, he ahí el único secreto, la comarca donde los unicornios se refugian y todas las hadas y los mejores besos. He ahí la distancia, que no causa dolor, que no causa placer. Una distancia que parece una daga, expuesta en la vitrina de un museo. Una distancia que trato de alcanzar en mis carreras. Yo soy el ciervo de la prisa que huye de la noche y busca la mañana, y corre, y corre, y corre con un sólo anhelo: ver que los gallos cantan y oír la lentitud del sol que renace. Soy el ciervo del apuro que corre contra el tiempo y rompe los relojes, y poco antes del alba cae desfallecido y se entrega al sueño y sólo en sueños puede ver el crepúsculo del alba, y al despertar ya se hizo noche nuevamente.

Te veo en todas partes, en todas las manos y en todas las miradas, y todas las miradas son hermosas a través de ti, y la vida no es dura y el dolor se reconcilia con la virgen que es la historia, y mi frente sonrío por la paz hallada. Cierro los ojos y trato de encontrarte, pero sólo hay noche y sombras. Trato de ver tus ojos, pero tú no estás. Me siento como Colón, como un Colón que no descubre nada. No estás, no estás, no estás. Y por eso quiero verte en el fluir del río que cruza cada puente. Quiero verte en cada puente que atraviesa un río, ala de hierro que sobrevuela el tiempo entre las dos orillas. Quiero verte en mi silencio.

¿Qué es el cuerpo si no la suma de promesas que se han dado  
paso a paso, cual cisne que se eleva  
para cantar su final, y no llegar, no llegar, y sentir  
que todos los pasados arremeten, cargan  
con ira y con paciencia que parece  
un canto que salpica el cielo entero  
y lo mancha de nube y de esperanza,  
de fragua que desata los tremendos  
huracanes del adiós que se estremece  
y sueña, y mientras duermo  
parecen estos brazos dinosaurios que se estiran  
para alcanzar la hierba y la frescura,  
alma de ruiñeñor, eso buscamos,  
buscamos una luna sin su corte,  
un filo que nos cruce el cielo entero,  
una piedra que nos crezca entre los muslos,  
un alga que tan sólo busque un algo,  
un bosque con los chopos que susurran  
la gloria del olvido en los otoños claros,  
las olas son las manos de la furia  
que alcanza las orillas y sacude  
los saltos de los buques encallados,  
las naves con sus nombres engastados

en oro que no sacia el hambre eterno,  
y un ángel va arrancando rosa y rosa,  
se rasga con ternura cada dedo,  
se pincha y se le escapan las cenizas,  
la sangre detenida en dique joven,  
benditos los castores que detienen  
el curso de los ríos y salmones,  
los truenos que brincan y resbalan,  
escaleras sin espacio sobre el tiempo,  
combate de miradas sin miradas,  
el cuerpo cruje, es músculo perpetuo,  
gigante que se esconde tras las sombras,  
en calle que renace por las noches  
y muestra sus imágenes antiguas,  
los cantos de los hombres que cruzaron  
cual tiempo y cual venado el pavimento,  
los cruces y las rotas avenidas  
que en nuevas avenidas desembocan,  
pero el nombre cambia. Cambia el rostro,  
cambia para ser el mismo, cambia el labio  
sus pieles de rocío y de salitre  
que muerde toda boca que se calla, todo puente,  
y todas las sonrisas que sucumben  
en lágrima sin puerto que naufraga,  
en niña que se escapa tras crisoles  
cual fuego que se enreda en las rodillas,  
batalla de los campos anegados  
por hado y por discurso, no se sabe,  
poeta, lo que pierdes cada día,  
tu vida es una lluvia permanente,  
estruendo del olvido que es ceniza  
y girasol y fuente y lodo y la fragancia  
que suelta cada madre cuando sacia  
la sed del hijo entre pañales,  
la piel cuya hambre pide fuego,  
recuerdo sin su gruta, puerta rota,  
ventanas averiadas es el alma,  
locura del que juzga ser tan cuerdo  
que puede calcular la suma, y resta,  
y finge dividir, mas multiplica  
el todo que se empoza en los dolores,  
jauría de los llantos que persiguen  
con ímpetu quebrado cada luna,

y cada sol, que es una mano que arde,  
un cuerpo que entrevera sus mitades  
y quema como hielo en la garganta  
del cielo, esa mujer tan extendida,  
que lleva las estrellas en sus poros,  
geranios que se esfuerzan por ser lirios,  
claveles que a las rosas imitar procuran  
y sueñan con ser, como ellas, arrancados,  
plantados en vasija con un agua  
que no podrá saciar la vida: pronto  
sucumbe el mar de la azulada búsqueda,  
del árbol que ya sabe solamente  
despedirse de las hojas amarillas  
que fueron de verdor puro vestidas  
ayer, mañana, nunca, cuánta herida  
sacude el polvo que sueña en los estantes  
con faros cuando el mar rompe su boca,  
su rostro que pregunta: ¿dónde estamos,  
y el alma que se esconde en una gruta,  
en fondo oscurecido por la aurora, dónde  
se pierden las agujas sin pajares,  
los niños que aventuran sus caminos,  
las madres que buscaban nuevo nido,  
los padres que perdieron paraíso  
y alzaron una torre en los desiertos,  
¡oh viento! Dinos quiénes somos,  
si somos la distancia, y si seremos  
agua alguna vez, agua que corre  
y no detiene el tridente de Neptuno,  
ni nada sobre el mundo.

¡Oh tu voz de papel que se rompe latiendo de fuego!  
¡Oh mujer que en tu boca me pierdo todas las mañanas!  
¡Oh gritar y perder y llorar de alegría pues cuesta  
arrancarse las rosas del pecho mil mundos!  
Mil mundos, cada vez que el pecho se levanta  
a contar las páginas pendientes en el alba,  
¿de dónde es esta voz? ¿Será una voz la que nos llama  
y apenas percibimos. Será el fondo  
de la cordura nuestra mezclada con sus islas,  
y la esperanza atada a mil latas como a can la cola,  
y cada rezo que se pierde con su noche, en fondo, alerta,  
¿No es la noche la hija del ruiseñor que la teje

y el barco una figura que nace cuando alguno  
arrastra una caricia por el pecho,  
y el cielo un ave en cautiverio colorida  
balanceándose en su jaula de tristeza,  
y el oro no es la música que sólo  
podrán percibir las pupilas dilatadas,  
y el beso que se da, no es el momento  
cuando entregan ancla al mar los marineros,  
y el cuerpo de mujer, no es como puente  
colgante bamboleándose en hilachas,  
como una madre que protege al hijo contra el seno,  
como un sepulcro que extiende sus brazos como musgo,  
como Icaro que está esperando al padre  
que lo saque de las aguas y lo entierre  
y lo llore previamente en las rodillas,  
y pague cuanta fianza el sol reclama,  
mientras en las olas va tu voz ,  
delfín que llama.

Parecemos tempestad, somos remanso,  
creo que estás entre las redes del instante,  
puedo ver tu cuerpo conturado en las estrellas,  
puedo ver tu cuerpo en los terrones duros  
que mueven las hormigas en su afán de ejemplo,  
puedo ver que ya no puedo ver lo que amo,  
que se esfuma como el manto de los sueños,  
como la falda de ese ser que nos entiende,  
como los brazos que una tarde fueron míos,  
como la boca que secase sin tu beso,  
sin fragua y sin fogón, sin fuelle atento  
que pueda provocarnos un invierno,  
borrarnos de este mundo con dolores,  
qué forma de morir, qué bella forma  
morir atragantado entre las rosas,  
morir con desnudez cubriendo el cielo,  
nacer para gritar que uno se muere,  
que el día es un encanto milenario  
que nace cada día y se repite,  
y a tantos nos engaña fácilmente. Somos,  
somos, somos, dan ganas de gritar que somos  
el hueco de una piedra por donde entran  
los siete vientos con su cauce de alma,  
con ... a veces cansa estar diciendo

estas cosas, estas cavilaciones sin remedio,  
y ver que se confunden bravamente  
las formas y figuras en la frente  
apenas cerramos estos ojos y se escapa  
un Nilo de dolor, un Tigris de agua,  
un cuerpo de pimienta que no entiende,  
seno blando y duro, sin armazón y fijo  
como una estructura elaborada de estructura  
por abejas del panal de la turbia alborada,  
oh tu clavel de dolor cuya sangre es el fuego,  
oh libertad de cañón de metal que es un alma,  
oh peñascal que me esperas con dientes de filo,  
oh luz de ayer que lo alcanzas todo y contemplas  
los pasos que darán cada mañana  
los hijos del mañana hoy engendrados,  
oh sinrazón que mi nombre no sabes, no sabes,  
cuánto sabes en la forma sin forma de tu cuerpo,  
si he visto que la piel sobre tu espalda  
se escapa de tu manto y se me entrega,  
si he visto que tus manos son gamuza,  
no, no, gamuza no, son prado loco,  
cervatilla sin fin, Amor, amor, son una luna  
y el agua donde la luna se contempla,  
tu amor es miel total, tu cuerpo entero  
parece una frontera a la que acechan  
mil fieras extenuadas por el hambre,  
parece luz veloz, trueno que tiembla,  
ciudad que le da pan al peregrino  
pero no posada, porque es imposible  
que un hombre tenga todo sobre el mundo,  
que un hombre sea canto y a la vez tus brazos,  
oh multitud de latido de todos los silencios puros,  
mis labios se resbalan como sombras por la hierba,  
te beben cada poro cuando sueño, beben  
y se olvidan de beber, sólo se mojan,  
el cuerpo muere, mas los labios viven,  
la rosa muere, mas el tronco queda.

¿Qué será del recuerdo si no lo recordamos  
alguna vez , cuando la luz nos deje  
y vengan a preguntarnos, no faltan los curiosos,  
cómo fue el ayer? ¿Qué será, si no he aprendido  
a ser sin mi silencio un niño,

la herida que se me hunde como astilla,  
como ancla en el fondo del alma. Quisiera  
ser mujer, quisiera, y saber lo que quisiera  
y quererlo más y hundirme, mujer, en tus barreras.  
Quisiera ser un ave sin descanso y nido,  
la piedra que contempla el cielo por los siglos,  
la piedra que ama al cielo y no le importa  
la lluvia que la roe o el salitre  
de los pájaros que pasan y le dejan  
un recuerdo en los ojos, que arderán un poco,  
y ¡pobre piedra! De amor estás ardiendo  
por un cielo que no se dignará siquiera  
a abrirse una herida para dar su sangre,  
por un cielo que entretiene el tiempo que le queda  
en amar otro cielo, más grande, inexistente,  
un cielo que desprecia cada piedra  
y todo lo que cae por su peso. Pero quién,  
quién le dará descanso a cada pobre piedra  
que vive cara al cielo con su espera,  
con un embarazo de amor que no acaba,  
con un hijo que no romperá nunca  
la pobre superficie de los todos  
perdidos entre agrestes laberintos,  
ebrios del ébano más puro en las colinas,  
ebrios, sin saber que no existen,  
que el instante yace en cruz con un adiós  
pendiendo en la altura, y no hay azúcar  
ni vino para la boca que los pide,  
continente que responde a sus deseos,  
yo te pregunto, ¿podrá haber candor indiferente,  
plenitud de terror, Narciso alado,  
nada que se agache hasta el suelo, un poco  
de Kierkegaard que está apretando  
los barrotes fríos en su cárcel  
que es mi cárcel y de todos, porque todos  
pisamos el jardín si caminamos,  
trepamos mil balcones cuando amamos,  
robamos cada rosa como ofrenda  
que no recibirá la rosa reina,  
y somos la pestaña que llevamos,  
la espuma de una Venus que se entrega  
a otro, y a otro, y a otro, y a otro más,  
una Venus muy gitana que no mira

los brazos que se olvidan de sí mismos,  
el mundo de una casa sin su puerta,  
los sueños de un muchacho sin camino,  
y todo es malvavisco, hasta el sol cuando nos quema,  
las nubes, Amor, son tamarindo si te niegas,  
huele a toronjil el sexo, huele a limón, a manzanar,  
a membrillo y a lúcuma robadas, a sonrisa,  
a cedrón que se pierde en el viento, el sexo es trigo,  
es árbol que nutría de arenales  
la música. ¿Y no será la naturaleza que no vemos  
una muchacha plateada que es el agua en el agua,  
y nadando hace que en ella el agua  
se queme al alba inmaculada?

¿Quién dice que su vida es gris como un quejido,  
y lamenta haber andado con los pies descalzos,  
y llora por haber sufrido de hambre y frío,  
y olvida la frescura providente del arroyo,  
y el beso dado con comida pobremente,  
la mano que arreglaba unos cabellos  
más negros que la noche? ¿Quién es el que existe  
detrás de todas estas cosas, porque decir "detrás"  
es como decir "adelante", y la historia no importa,  
porque no hay progreso y nuestro ritmo  
es un vaivén de péndulo. Y el viento  
que te espera en el monte es un péndulo,  
es una cadena de mil plateadas margaritas,  
mil perlas cansadas del cantar amargo.  
¿Eres tú, vida, un remolino, trueno que reina,  
viento que se apaga, tiempo que se enciende,  
cenit estancado en la mirada nueva  
de una mujer que nace a los doce años  
para vernos bien, aunque no queramos  
verla, porque es a una, mar, a una sola que nos debemos,  
y a una gota nueva que no creyó en la gota nueva  
que decíamos tener, y a un laúd que pende  
de la luna, azafrán de azucenas. ¿Quién ruega  
poder jugar a la vida? ¿Quién a los sordos  
tanto considera, caminante? Te espera tu cayado,  
y acaso un camino largo, te esperan los veleros  
que caben en tus manos cuando sueñan  
tus ojos con ciudades nuevas, y con calles  
y con las casas de esas calles

donde acaso están viviendo la suma de las gotas  
después de tanto tiempo. Ya habrá crecido,  
será cascada, chorro detrás de los cristales,  
reja que se rompe en los fondos más azules,  
oráculo de morir que nace, torrentera, fuste,  
mirada que se mezcla conmigo en un punto  
ya perdido muy allá, pues nos irrita  
el silencio de la muerte por las cumbres  
y sus trampas increíbles. Navegamos  
por ínsulas extrañas que parecen  
haber sido hace tiempo nuestras casas,  
y nuestro anhelo. Pero quién  
tiene los ojos incrustados en el cielo,  
si el tiempo anda de cortos pantalones  
y la vida no tiene bufanda en el invierno,  
y al vals le falta el disco que lo toque,  
y al despertar se le ha olvidado darle cuerda  
al suizo reloj que también dio precisión  
al hombre que vivía al costado y a veces  
escribía una carta a Alemania, como dice  
Celan con sus metáforas-ceniza,  
qué tráfigo, qué carne en los cielos nos mira,  
qué hueco cabe en el fondo de tus besos,  
un ídolo me hice de tu vida, Amor, tu vida,  
río salvaje, río que es un tigre que devora todos los caminos,  
que se come las espumas en la arena  
y los barcos de palo y las sirenas de cobre,  
y los caimanes que vuelan, y el torbellino  
que dio origen al silencio y al ruido  
y al eco y al destino de Narciso.

¿No se derrama la esperanza como un rumor de río  
hacia el lecho nupcial donde las aguas  
se entregan con las ganas más locas? ¿No cabe el mar  
en tus manos, y tus manos en mi rostro,  
y en mi rostro tu mirada y tu mirada  
en todo lo que llevas dentro  
con tu anchura, tu porte y profundidad,  
es que tú no sabes lo que haría este hombre de tu beso,  
si temes que todo sea adiós, tropiezo,  
¿quién puede ver que las estrellas  
forman una flor, quizás no rosa,  
y que los montes sepultados por la nieve

son vistos por los ángeles cual desayuno?  
¿Qué magia? ¿Qué silencios han nacido  
en las aspas, caminante, de tu duda,  
cada vez que tus manos buscan vida  
y soledad. Dime, dime por qué son las palabras  
como son. Por qué digo "agua" y veo el agua  
detrás de la frente, en la pantalla  
donde el alma juega a cine  
y sus ruedas giran sin cansancio,  
sin prisa, aunque sus ejes ardan  
y digan que el mundo es amenaza  
de fuego y de todas las cosas. Eres,  
fuiste, vuelves, corres, apareces,  
te pareces al agua y a los vientos  
y a todos los árboles que cantan, te pareces  
al sol, que es una anémona de hielo,  
hielo antiguo que es los sueños,  
te pareces a los ríos con su música,  
pero nada se parece a ti, aunque procure,  
intentan los venados emularte en su carrera,  
intentan los remansos, los salmones,  
intentan las palabras atraparte  
con cúprea moneda de elocuencia.  
Truena el despertador, gallo de níquel,  
gallo sin color, pero con vida a cuerda,  
ave que grita y que lo rompe todo con su queja,  
pues sabe que su vida es oxidarse:  
cualquier reloj es una almendra que revienta  
después de haber triturado los ayeres,  
la noche es como un hacha de pelea,  
y los libros, ¿no son caballos cuyo lomo  
lleva las crines babilonias remezcladas,  
caballos que abrevaban de la luna,  
la luna no es la luna, en ella habita  
el alma de un manantial, una mujer  
desnuda cada mes su torso y muestra  
un poco de su seno, a veces todo,  
pero nunca los dos juntos, y qué poco  
tendríamos de verlos: duplicado  
nuestro hambre rompería cualquier muro,  
pero no destino duro.  
Cómo quisiera ser como tú, como tú,  
como tú, pues de tus ojos

brotan dos árboles que también tocan  
la piel de lo que miran con la copa,  
con los hombros, con las manos, y la noche,  
cuánto placer nos depara, placer  
al tropezar en el charco cuando llueve,  
estar ebrio y volver a tropezar, caerse  
de boca y disfrutar del lodo  
mezclado con la sangre y con la lengua.  
Ser tú, caer, ser tú.

Qué hermosa eres, Vida, naces tanto,  
divina enfermedad, vivir, cómo nos aman  
los virus, las dolencias, los achaques,  
los codos que se rompen, las rodillas,  
-saber que el cuerpo propio está mal hecho-,  
y cómo nos aman el adiós, la negativa,  
y algo queda: si la muerte tiene  
un rostro, será el mío, sólo el mío,  
la mar que se derrama en precipicio,  
talud de fe, atardecer, estoy pendiendo  
de cueros de puente colgante de comarca  
perdida: estoy pendiendo, porque un ángel  
cortó las amarras casualmente  
cuando atravesaba a mitad de los caminos ese puente,  
y he golpeado cuanta testa tuve  
contra rocas despiadadas como gárgolas,  
he perdido quince sienes semanales  
sin fuerza, todo duele, sin embargo  
critico a los poetas que se quejan  
de alguna ingratitud, yo no he nacido  
para quejarme por la piedra o por la queja,  
para quejarme por nacer para ser muerto,  
he nacido como el color oscuro de mis manos,  
como el negro del petróleo yo he nacido,  
como el negror que estremece tus alas, oh noche  
que tienes cuerpo de caballo en su blancura,  
mi piel es esta cáscara tan dura, nuez talada,  
oh sinclinal, oh rostro, oh flecha,  
mueres y naces y entre tanto vocerío  
de cóncavas batallas rompepecho,  
naces de la piedra o la coraza  
que atrapa repeliendo las serpientes  
-todo lo que mata es serpiente:

la piedra, el filo, son veneno concentrado,  
punzada del mordisco siempre bífido-  
serpientes voladoras que arroja el triste saetario,  
no basta, Athena, que entremezcles con tus dedos  
los cabellos del centauro que enceguece,  
no basta, para hallar, querer, perder, piérdeme tanto  
como el seco trébol de mil hojas  
a veces yo te pido: "ven", no vienes,  
como queriendo que te pida que te quedes  
y yo hago tu voluntad y te obedezco,  
-eres como un castillo de paredes que se estiran  
como un horizonte vertical y como araña  
yo te trepo, y porque a veces he aplastado  
con sevicia la inocencia de la araña,  
caigo por el viento que me empuja y cruje  
mi nuca con un "crac" y ya no vivo-,  
vuelvo a tu voluntad como con ganas  
de volver a mí mismo y conjurarte  
y pedirte: "quédate" en el fondo de un abrazo  
-porque el abrazo es un barril de roble sin final que se mira-,  
mas te vas, te vas, ¿qué soy? ¿qué soy?  
la noche es una puerta cuyos goznes  
se oxidan sin aceite en las miradas,  
música de sol que se pierde sin sol tras la muerte,  
callando se nace y se acaba naciendo  
en medio del grito que es como un ancla.

Pero, ¿quién navega en ti? ¿Qué mar contiene  
cada vez que te vas y vuelves la mirada  
y lloras por los árboles que dejas y acarician  
las nubes en su plan de caravana,  
y lloras por la madre que es hermana  
de la luna y de todos los espejos,  
imagen que persigue tus talones por los cuartos  
que cruzas con la luz del candelabro,  
¿seré tan sólo espectro en medio de estas cosas,  
en un mundo donde no me crecen los cabellos  
ni las uñas; donde estoy sentado y los muslos se adormecen  
como un mar que se muere, que no entrega  
su oleaje a las orillas, un mar sin movimiento  
ni pasión ni anhelo: un mare muerto,  
y a quién se le podrá decir: "lo tienes todo",  
a quién se le podrá nombrar, para que venga

como un imán al clavo lacrimoso,  
árbol de luz sin luz, hojas de fuego  
que arden pero dan su vida gota a gota,  
lengua de silencio, juventud de selva,  
vivo monasterio que conserva las palabras:  
"ruiseñor, arquero, lombriz de la manzana",  
cansancio de la noche va cayendo sobre velas,  
me derramo, encallo, acabo, digo,  
yo te llamé, te llamé como un eco que nace  
queriendo ser siempre, despertar en el arce,  
ser las hojas pisoteadas de los arces, como si el mundo  
cabiera en la pisada que no damos,  
en la mano que se entrega como espada  
cuyos pétalos sin filo rugen, sacan chispas  
de los dientes sin raíz que se desata  
cual palmera huracanada, el tiempo pugna,  
cosecha su silencio, los segundos  
que muerden por el alma en su herradura,  
y ¿quién sabrá si el recuerdo en la memoria  
es una coz que golpea continentes,  
una coz que se agita y sobrecansa  
golpeando los cristales de la nieve,  
llamando a las ventanas de la muerte,  
una coz que en realidad quisiera  
acariciar tus senos con su hierro, Venus,  
y no encallar en Candia o las Azores,  
el hombre es un árbol que medra,  
un árbol de cansancio con el hombro roto,  
y una boca en el centro que traga minerales,  
una boca desterrada, matrimonio de abeja,  
una flor sin su polen que no entiende,  
multitud escaleral, luna loca que rompe  
sus blancos encajes en invierno,  
luna que se pierde como zarza  
que contempla el ermitaño que en secreto  
espera que el arbusto coja fuego  
para quitarse las sandalias y escuchar la orden  
y creer que es Dios lo que le habla,  
un Dios que se parece a nuestras ansias pobres  
y que por ello escribiremos con mayúscula  
con el énfasis del pobre que afirma tener una casa,  
un Dios al que se reza de rodillas,  
al que creemos entender, pero fallamos

cada vez que lo culpamos del fracaso,  
un Dios que es como una liebre blanca con su nieve,  
como un sol cerca del sol que no veremos,  
como la tristeza y el dolor que no entendemos  
pero con ganas nos toca, con la dicha  
de un zapato que ha encontrado alguna lata,  
de un silencio que en las cúspides pateo  
el fuego en las costillas que nos roba la candela  
que guardábamos para mejor agonizar mañana,  
para pasar sin maldiciones el insomnio  
y tragarnos la hiel hasta con rostro  
y perder nuestra mirada en cada vado,  
para buscarla tanteando luego en los peñascos  
abruptos, tridentados, sin caminos.

¿Cuándo nos hallará por fin la muerte  
con su dulzura de mujer que tiene de hermana  
y de madre, de cabaña en la tormenta,  
de trincheras en tiroteo guerramundialista,  
de esperanza transhumante muy antigua, pero  
muy nuestra es, Filis, la ceniza  
que mancha con fragor la mente  
-pero en verdad la purifica,  
aunque en verdad no debería  
usarse esas fracciones, que "en verdad" suponen,  
ni usar de rayos, ni de dictámenes que vedan,  
y qué pobres somos al decir: "no debería..."

La mitad siempre duele.  
Mitad de ser sobre pétalos en pensamiento,  
titán sin esperanza ni promesa: se sufre  
condena por amor, Venus olvida  
que Ulises reflexiona su destino,  
con manos y cuerpo triste sobre el Nilo mientras callan  
los montes que sabrán olvidarnos. Quise volar,  
quise volar, ser lo persa de la alfombra,  
inicio sin pregunta, multitud de noche, Dédalo,  
¿qué ángel nos podrá arrancar la duda  
y la queja de artesano y los perdones,  
por no abarcarlo todo, porque el sueño  
vence en el Caúcaso, tu boca  
parece una ola que espumaba olvido,  
acto de piratas que desolan

las barcas sin tu imagen ni arca para  
hundir la mano en el centro sin mitades  
y sentir el oro y las monedas ... cómo duele  
arrancar la flor. Arrancarla  
es como arrancarse un brazo  
y no saber después,  
ni después,  
ni después...

Tu dolor es pirámide sin cuesta ni distancia,  
cuerpo perseguido, quién te escala  
los peñones con semilla, Cronos?  
¿Qué Venus duerme entre las páginas del libro  
que no leeremos, qué fruta  
podrá convertirnos en caballos sin memoria  
ni destino prisionero. ¿Cuándo saldrá por fin  
el centauro que llevamos dentro, la canoa  
cansada de parir dolores, la mirada  
derrotada sin sus ejes por palabra,  
cuándo, Amor, encajarás en cataclismos,  
para forjar la noche en el yunque de la espalda,  
para fundir el subjuntivo con arañas  
y hacerlo resistente cual acero de Bretaña,  
cual espuma que surge en su flotar por los portales  
con paraísos sin nombre, como un golpe  
de piedras que en derrame ya son flores  
como la forma más antigua.  
Como con la forma griega más antigua  
he soñado contigo, y mi dicha nace de ese sueño  
que gime sin voluntad por las praderas.  
He soñado que me dabas un carcaj y que decías:  
"para guardar en él todas tus flechas".  
Soñé que alguien rompía las entradas  
al azar de tu garganta. Alguien a tientas  
que decía ser ciego y nadie. Llevaba  
un atado de llaves, un garfio de pirata,  
y en sus ojos habían galeras,  
en su rostro paréntesis de besos y recuerdos,  
en sus muslos fluía el tiempo. Porque era  
un niño fugitivo detrás de las nubes, parecía  
un trueno que se entierra en tu seno, la arena,  
pienso en tu seno cada vez que piso la arena en las orillas,  
la arena se hunde más y más entre mis dedos, como flechas,

como fuego es tu lengua, siembra volátiles  
mariposas de anhelo que entran en mi boca,  
siembra una carrera que tropieza mas no cae,  
cacería del olvido, tu jauría es el recuerdo  
y la distancia. ¿Escuchas? ¿Escuchas cómo se acerca  
tu sombra como un bosque con sus ciervos y jabatos,  
un bosque cuyo cuerpo es mapa sin desierto,  
agua ante la sed, sed en el mar, cadenas,  
la vida es un cofre: mejor no lo abramos  
si estamos solos: porque en el susto  
no tendremos de quién abrazarnos. No lo abramos,  
o abrámoslo, capitán, si te rodean ninfas,  
no creas en la búsqueda del mar, porque la flecha  
se hundió en el ciervo llamado Magallanes,  
y cada flecha tiene un nombre y un dolor distinto,  
cada boca es una daga, y la mirada escudo,  
y el adiós veneno que despierta el alma  
pero no sin matarla un poco. Soñemos,  
Amor, salgamos de caza, soñemos  
con que somos Aquiles corriendo en competencia  
con la tortuga, y ríamos  
porque en realidad somos nosotros la tortuga,  
somos una mujer que en secreto sueña  
con un beso de Van Gogh entre sus senos,  
y dice: "Pero qué hombre", con una furia  
que arranca montañas, pero el tiempo  
no es montaña -es viento-, y por ello  
cuán solos quedaremos, Vincent mío,  
más solos que el hongo presumido  
o que el campo de trigo después de la pelea  
de dos cornejas que graznaron y se marcharon maltrechas,  
muy maltrechas.

Pienso en el anillo de tus dedos, mago,  
anillo que se hunde en el fuego como una rosa,  
polvo sin final ni venida, paso que me ignora,  
voy de bar en bar en busca de la mar tras sus vitrales,  
dolor oscuro que se hunde y no se borra, curva  
de todas las distancias en arroyo,  
el día da su boca para el beso, como un agua,  
tu cuerpo es la madera, sueño abierto,  
tienes multitud de haciendas en tu seno,  
tarde blanca que enamora. Y por qué,

enamorarse en el mundo, si el desierto existe,  
si la tarde es un cuerpo sin su noche,  
si tus piernas hallan sosiego en otro hombre,  
si tu escena rasga su telón con lágrimas  
y el idilio es fuelle de los puños  
que llegan al alma en su conjuro sin historia  
ni marca elemental: tu rostro es aspa,  
reflejo del quizás con voz pendiente,  
huida del tiempo cuando roba fresas al sueño,  
¿para qué escapar? Las huellas del pasado  
nos alcanzan con la lluvia en sus chasquidos,  
mapa sin final, tu boca es geografía,  
tu mano llueve con su búsqueda de hierro  
con miedo ante la mar, porque es imán entre la niebla,  
nieve azul que perfora las costillas,  
oh sí, mujer, eres morena. Morena como el alba,  
y si no lo fueras, qué me importara si no lo serías,  
tu luz arruga con fragor estos recuerdos,  
pero no tienes luz, es un decir, te habitan  
las lluvias sin escape ni imbornales,  
eres mi vida, mi mármol, mi capilla,  
caracol con su hogar que desata tormentas,  
el cielo es la casa de un caracol entre sábanas quietas,  
forma que dormita en el fondo de la mirada,  
vino que se entrega en los sueños de mil años,  
parece tu sonrisa un tiempo que hechizó la noche,  
retrato de la huida del silencio de la tarde  
que supo e ignoraba y no sabía  
qué vientos con la luna han conspirado,  
para que seas tú, para que seas tanto!

¿Serás tanto como digo? Acaso no amé el latín,  
mas preferí lo griego? ¿Acaso los demiurgos  
no son los que se ríen de las fórmulas de mística?  
¿Y qué es la dicha, Amor, cuando la digo?  
Un goce como el viento, que es la fruta  
que todo lo gobierna sin su norma rota,  
lluvia de sol te di, mujer en Daphne, cuerpo  
de pasto bajo el viento con su sed que lame todo,  
la vida es una barca dibujada en los vitrales  
que no ha roto todavía el huracán del recuerdo,  
el fuego es un corazón, el viento antorcha,  
forma para amar, pero en las noches llora

el acero del tiempo, que es ladrón roto y perdido.

Me faltan ojos para verte y manos para desnudarte,  
vida para trazar tu cuerpo tenso como puente,  
como arco de mujer que es una flecha,  
altar de la distancia, ¿no es la luna  
un pobre entendimiento de hecatombe,  
cuento de los aires, isla que se asfixia,  
dicha del desierto, suspirar de azar, recuerdo  
la furia del sonido con su pura Atlántida,  
los hielos desde el fondo que afloraron prestos,  
¿qué ciencia es la razón? ¿qué sentido pobre  
cabrá en la noche sin su muerte,  
en todos los puñados de amapolas,  
en cada torre polvorosa donde el llanto  
atroz se civiliza poco a poco, va muriendo  
atado a las raíces que se enroscan  
cual sierpes a la vida, Laocoonte,  
tu hondura es libertad que se me escapa,  
puñal de las mitades, ser que acaba,  
siento un vidrio en mis talones, eres tú, eres tú,  
tu red sabia con sus vientos que me intuyen,  
puedes ser puta o virgen o naufragio,  
puedes ser silencio, engaño o esperanza,  
puedes ser peñasco, Zypris, Candia,  
flor, tijera que corta la flor, mancha en la blancura,  
visión, casualidad, necesidad, perdición, encuentro,  
pero tus besos son incendio, Amor, yo te adivino,  
pareces escapado del pincel de Modigliani,  
eres infinita y pura, mujer, no tienes perdón,  
eres tan bella y distraída, que no tienes perdón,  
sé que no quieres, porque la luz no quiere a la ceguera,  
y no me quejo. Sé que la existencia está en la mente,  
y el olvido en la mente y el dolor en Neptuno,  
¿por qué quererte tanto a ti, que eres el centro  
de este hombre que nació en siete ciudades,  
de esta alma que escarbaba en las orillas  
del mar los fuegos blancos de Agustino?  
¿Será que el mundo es río negro que sucumbe  
herido por el Nilo que sembró pirámides?  
¿Pirámides, pirámides?

Tus brazos son el seno de la luna, Amada,  
compañía de los días con sus noches, pues no es bueno  
que esté la tuerca sola sin hundirse,  
que esté Inglaterra sola sin sus mares  
salpicándole el vientre con espuma, amando  
las costas congeladas en destino, el extravío  
del libro con los versos nunca escritos,  
del alma sin memoria y sin bahía,  
oh saciedad de tu cuerpo de fuego que pierde tu nombre en la lluvia,  
tumba de mil meteoros empujando tu vientre tejido,  
pareces un mar que se agita y que observa la noche,  
multitud de teorema sin Parménides,  
labor de la mitad, Solón nos mira  
sin dar norma de amor para las islas  
que somos. ¡Cuánto amor cabe en tus muros, Troya,  
cuántos caballos entrarán con la promesa  
de amarte cual quijotes en el tiempo!  
Tumba de pedestal, sustancia pura, Prometeo,  
es todo lo que falta en nuestras manos,  
estoy aquí, pero es como si estuviera en ningún sitio,  
me duelen las espadas de la historia con cuchillo,  
tridentes soñadores con la carne blanda de la luna,  
voy caminando, dejo huellas. Camino por la noche,  
sin razón. Es cual si estuviera en el pasado  
o en los días que vendrán, puerto de noche,  
hay algo que me duele paso a paso,  
y sin embargo: ¡cuántas islas raras  
nos dan alas y nos dan alba de dicha  
que no acaba, y no acaba, y no acaba, y moriremos  
convertidos en peñascos esperando que se acabe  
el ardor en el fondo de las aguas,  
y que cumplan las velas sus deberes por la noche,  
y que el tiempo sea ejército de chispas de la espada  
de fuego que me ahoga como un brazo,  
como el brazo de un río que es ángel que dobla  
y al doblar nos deja la tarde más pura  
y sola.

Como un loco voy, un loco que se cree carabela,  
y mar, mis brazos son las olas, y mi aliento  
congelado en el invierno es la neblina,  
mi muerte es el horizonte de mis huesos más guerreros,  
Amor, te conocí, yo como nadie te ha surcado,

hablé en mil lenguas y rompí mis lazos,  
yo te amé más allá de mí mismo y mis promesas,  
más allá de los muros de los Hades,  
crucé los puentes del deseo, me rompí la crisma,  
amé mujeres mil, mas una sola, yo no entiendo,  
no entiendo, Amor, y poco importa que no entiendas  
el néctar que busqué con mis delirios,  
las luchas de las aguas con vapores,  
la madre esperanzada en que Odiseo  
acuda con su boca hecha pedazos  
a beber de su saliva y de la nieve entre sus senos.  
Amé sin ley, sin ley de amor, sin ley de nada,  
surqué tu vientre en sueños como nadie,  
y como nadie parecías ser cerezas,  
cerezas de Ulysses detrás de las olas. Olías  
a frescas aceitunas, a manzana y a frambuesa,  
y a selva. A selva olías,  
oh Laila, Pánthea, Undina, eres Silvana,  
pienso en los años que vendrán como atropello,  
cinco mil grullas olvidando su vuelo.  
Y la belleza, ¿qué será? ¿qué será  
cuando mis manos en piedras se conviertan  
y la luna, en la distancia, nos mirara?  
Sueño con que soy Theáiteto, Platón, y que preguntas  
a dónde nos lleva la conversa, y pides  
que defina la belleza sin rodeos,  
y te digo: "la belleza es sentir",  
mas tú insistes y socavas porque el Sócrates  
de las sombras salta todavía. Yo te digo  
"la belleza es el recuerdo", pero luego  
se me ocurre que "el amor es la belleza"  
y el polvo de la tierra con sus nubes aparece,  
se llena en mi garganta, me devasta,  
yo soy como la col y como el cuervo que se para  
a picotear la coliflor del tiempo, mi aventura  
consiste en escarbar los restos de la noche,  
juntarlos en hoguera, estremecerlos,  
no hay fuerza, corazón, que te detenga,  
no hay puente sobre el mundo que te cruce,  
ni cayado, caminante, que soporte  
el peso de tus años y esperanzas,  
la tarde es una rosa y su sangrar delata  
la espina más callada, el horizonte,

busco algo en mi baúl sin fondo roto,  
tu corazón no puede ser la piedra que busco y que supongo.  
Es un roedor que cava túneles con sangre,  
una barca que me mira y no comprende,  
porque no importa comprender, no importa nada,  
y las flores crecen aun allende el marco,  
y la entrada siempre está con puerta y atrio,  
mientras las hojas, en otoño, no es que estén cayendo  
mientras organizan crujido en sinfonía:  
las hojas de Saturno son el tiempo.

Ven, con amor retornan los recuerdos,  
anclas del ayer cuyo maná derrama  
desiertos de ansiedad sobre tu cuerpo,  
plenitud del vino, sol de ayer,  
pareces un invierno que desnuda  
la barca del silencio que no vara,  
te temo, Amor, porque eres daga,  
busco tus ojos, porque hay algo en tus pestañas,  
algo que se mueve y modifica  
el vivir del que te mira. ¿Por qué  
hay tanto sobre el mundo, tanto, que explota  
la nuez sobre los hombros y uno muere,  
y duerme la noche sobre tus manos y bostezo  
la lluvia porque algo está acabando y  
llueve París con su lágrima entera,  
llueven las islas y se arrancan las palmeras  
como un loco que se arranca los cabellos.

Quién sé yo de dónde venís, Amore, quién  
se traga con los sueños un Olimpo,  
combate en el fragor del cañonazo,  
revive Cajamarca, con su porte eterno,  
y rasca las arenas del camino tan sembrado  
por mil anémonas que nadie ha visto,  
anémonas salvajes que van cubriendo tu cuerpo,  
te afloran como el plancton los olvidos,  
te afloran los misterios cuando amando resollozas,  
te afloran los ayeres si suspiras sin mañana,  
y el fuego se entrevera en tu mirada de Asia,  
tus besos son burbujas que revienta el viento,  
arroyos infinitos que en desiertos navegan,  
la rosa de los cielos está turbia,

la rosa es un albatros que enloquece  
los lienzos que pintara Goya,  
la resta de los puntos cardinales rotos  
al preguntar: "¿Qué pensará de Goya Goya?"

¿Qué es la tarde? Tarde en cuyo seno nos hundimos  
a beber un té con galletitas y creer  
que de los libros de Proust sale lavanda.  
Tarde: eres una osa en cacería. Soy salmón del tiempo,  
lago hambriento que devora piedras.  
Oh tarde de amor que se queda en periferia,  
fuente de Raquel, mientras Jacob espera afuera  
comiendo flores del desierto. Hay la mirada  
última. Esa que atraviesa el fuego  
de la oscuridad como mil flechas de Inglaterra  
en campo de Agincourt, donde la tinta falta,  
oh multitud sin adiós donde el tiempo desnuda sus rieles,  
cada vez que te miro se me encienden los sueños,  
pareces catedral, ¡qué hermosa eres!  
Pareces el fuego que calienta los pies de una niña,  
o del pintor que abandonó el pincel por el desierto.

Siento el mar, lo escucho.  
Cada vez que escapan tus palabras como oleaje, siento.  
Toda tú golpeas contra el pétreo acantilado,  
toda tú eres boca, multitud de ser, mirada,  
¿Te reconozco? ¿Es esa tu carrera y tu temblar, oh Daphne?  
Qué furia es la memoria, si el recuerdo polen,  
tu vida es como un reno que bebe agua en las mañanas,  
como un trébol que se pisa y dichoso se nos muere,  
como la sangre oscura de los potros inmortales,  
como tantas cosas, como el viento.

cada vez que te miro se me encienden los sueños,  
pareces catedral, ¡qué hermosa eres!  
Decir que eres hermosa es ya muy poco.  
Pareces el fuego que calienta los pies de una niña  
o del pintor que abandonó el pincel por el desierto.  
Quisiera no decir que te pareces,  
acabar con este círculo de fuego que socava  
las palabras marchitándose quietas.

Te amo para que crean que he existido,  
para que no digan que todo fue un invento,  
te amo pues te quiero por testigo,  
por voz que afirme que hemos sido,  
que viste que mi rostro era de barro  
forjado en manos de fusión de campanario  
que doblaba al dormitar sobre la almohada  
donde el mar con su silencio acaba.  
Te amo para ser, porque al amarte  
sé que soy, porque tú eres, en la bruma,  
la forma de los chorros en las fuentes,  
eres como si a mí acudieran las edades,  
los días de hace siglos, y los rayos,  
como si mi mano se levantara convertida en ave  
que nada sabe: No sé, por eso existo,  
la belleza es la niñez, el resto falso.

Siento el mar, lo escucho.

Cada vez que escapan tus palabras como oleaje, siento.  
Toda tú golpeas contra el pétreo acantilado,  
toda tú eres boca, multitud de ser, mirada,  
¿Te reconozco? ¿Es esa tu carrera y tu temblar, oh Daphne?  
¿Qué furia es la memoria, si el recuerdo polen?  
Tu vida es como un reno que bebe agua en las mañanas,  
como un trébol que se pisa y dichoso se nos muere,  
como la sangre oscura de los potros inmortales,  
como tantas cosas, como el viento.  
¿Y qué es el tiempo, que parece  
no acabar de derretirse en nuestras lenguas?  
Un ave que al volar golpea sus alas contra el vidrio,  
una mujer que recogía las aguas del desierto entre sus brazos,  
un silencio que se traga piedras de hambre en horno,  
una sed cuya luz se extravía en la noche,  
¿tal vez sólo un reloj, una clepsidra,  
o un beso que se da a la luna llena,  
un beso de esos que se dan con la mano,  
como el pañuelo que se agita en el adiós  
o los rescoldos de la fogata al alba nueva.

Lo hermoso es un grito sin razón de exceso,  
cuna imposible de los ángeles huérfanos,  
sedientos por repetir mil existencias  
al acabar. Pero las lágrimas,

animales tiernos que de los ojos se escapan,  
nos dicen, madres de la admiración de lo terrible,  
que no hay excepción. La noche es lobo  
cazador con saetas sin carcaj en las manos;  
el rostro, Amor, el rostro es el camino que se inventa,  
árbol en la pendiente, qué íntimo sentimos  
el vuelo, el vuelo, silencio de pretexto sin amada,  
orden es la vida, mandato sin final de los quereres,  
¿no estuviste desde siempre entretenida  
por los dioses que en la noche vagan,  
y rasgan, con el viento, las ventanas?  
Dioses pobres del alma, se alimentan  
de pan, de mies tostada y vino  
y de un sufrimiento largo, y de sonrisas  
y de instantes y de encuentros,  
pero más de miradas.

Somos así. No soportamos lo sagrado,  
hombres que en anhelos se extravían cada tarde,  
lodo que salpica en las palabras nuevas, alma  
cansada de endurecerse en las miradas,  
¿quién te habita? ¿quién te está mirando?  
¿qué voz nos da la soledad que nada entiende,  
qué mar es nido de la azul tristeza,  
y para qué los versos? ¿Para qué gritar  
en un mundo de ruidos de afán de lectura,  
piedras que se estrechan, pechos que reciben  
mil balas sin piedad y sin semilla,  
hijos de la distancia enmascarada de destino,  
corales sin noticia nueva, naufrago olvidado,  
¿estamos vivos? Y si estamos tanto,  
¿para qué distinguir? Ave del alma,  
¿cuándo volarás por fin? Yo tengo  
tantas preguntas para ti, las tengo en blanco.  
Tengo en blanco la mirada para amar ya nada,  
los brazos que no podrán amar de nuevo,  
los pies sin búsqueda, acinacos turbios,  
cada camino se parece a los silencios,  
a todos los molinos que Quijana inventa.  
Y cada vez que sentimos somos aire, mergos,  
somos la madera en tempestad que cruje,  
corredor de desierto, mariposa en anillo,  
el ángulo es raíz de toda "angustia",

retrato de los sueños devastados,  
campo, llanura, el rostro es tundra,  
taiga del desierto que perfora  
su pecho con el brazo, como un yak que cava  
y nada nuevo allende el frío hallara.

Oigo el mar que es un espejo y cruje,  
qué pobre es el Atlántico sin fosas,  
qué triste es el Pacífico profundo,  
ola del corazón, tu boca es isla,  
en sueños yo te veo embarazada,  
te veo caminando sin retorno, y el aire  
de tanto ser visto se me escapa, quema  
cual si preguntara: "¿Me escuchas por ahí?"  
Por ahí, por ahí. Tú cómo quemas,  
ventana en tus espaldas, corazón de navío,  
la dicha es correntada que todo consigo lo arrastra  
y no nos deja sentir ni el recuerdo,  
ni esta carta, ni ninguna. El cuerpo es un dios.  
Un dios subalterno y pobre que no alcanza  
a ser ángel, pero el cuerpo vuela  
mejor que los ángeles de yunta,  
Amor, ¿qué tejes tú cuando te aman?  
¿Qué se aferra a tu torso como ramas,  
qué expresa, corazón, tu sobresalto,  
tu caos arqueológico que crece  
y cae hecho una ruina en el cerebro?

Oscuridad, tú me alivias como el agua,  
mientras los ojos tañen formas de califas,  
y el nacimiento es una caída, y el monte  
y los lirios, y también decir  
"los lirios", pronunciarlos en la bruma  
del tiempo, tormental galeón, meridional ventana,  
yo soy un hombre que no debió tocar las letras,  
un niño que debió romper el alfabeto  
antes de aprender que el mundo es sólo nombres,  
yo soy un hombre del color del olvido,  
debí ser labrador, o campanero o burro,  
hubiera, niña, preferido ser más bobo o ser minero,  
o ser el suelo al que todos pisan y desgarran,  
el suelo del mendigo lánguido y hambriento,  
del hombre que agacha las espaldas como un ancla y llora,

hubiera preferido ser poeta prehistórico,  
¿dije poeta? Reíd, por favor, reíd, cometo  
tantos disparates por segundo como años he vivido,  
yo soy un hombre que en los años ha aprendido  
a fabricar velas de cera y a soñar  
que está en un mirador, con vista al tiempo  
y al mar, a octubre y a febrero,  
Amor, ¿por qué será que me enamoro  
cada año en agosto nuevamente, de tal modo  
que temo que me llegue siempre el mes, como la abeja  
que muere embriagada en las corrientes de agua,  
como la tarde que apuñala su mirada,  
porque, no nos engañemos, la tarde es la muerte  
y la campana que dobla por Edipo,  
y el arco que suelta Aquiles cuando se hunde  
la flecha en su talón como un invierno.

Es que la memoria, cuando pierde el arquetipo, vaga ciega,  
como un camino que muere en el abismo  
de las puertas cerradas, y el azar duele,  
se atasca en las costillas como lanzas  
que hunden mil esclavos centuriones.  
Cada día es un caballo, hermoso, flaco,  
un Rocinante con aires de Babiaca o de Bucéfalo,  
pues ignora Rocinante que es más bello  
con su atuendo y contextura cervantina,  
ignora el pámpano su cuerpo de uva,  
y Whitman que es el mar una pradera  
amplia como un beso que no acaba,  
honda cual blasfemia que azotara  
los herrajes de la fe del carbonero,  
qué pobre es encontrarse ya consigo,  
hallarse en una calle con su rostro,  
y tener que escucharse pronunciando  
las palabras de siempre: "acaso, empero,  
en efecto, allende", qué pobre es uno  
al llamarse: "Estoy aquí", no muero,  
veinte años de mi vida sin memoria  
son bosques entre guerra del instante,  
mitad de los caminos que en final se pierden,  
lento aprendizaje de los pocos verbos  
anteriores al cemento y al acero,  
vamos por la calle en cerrazón, la luna

parece sustentar los bronces de mil años,  
las artes de la mar que es la campana  
del nombre pronunciado entre los gritos  
del cielo que maldice el humo loco,  
del alma que en alba quiere estar únicamente,  
del can que brinca por las calles solitarias,  
tus ojos son mi nombre, son mi vida,  
cubiertos cual paredes de cal viva,  
pintadas por olvido sin morada, a veces  
duelen los recuerdos como el golpe del badajo,  
y siento, si me miras, campo de combate  
donde cae el adiós, sagrado y triste,  
unido en cantidad a flor inmensa,  
vuelvo a cerrar los ojos, luego estallo,  
mi rostro es un carbón, mi barco arado,  
arado azul sin su consuelo,  
¿no es la presencia una cascada, sed eterna  
que pierde interrogante discutida  
y entrega su querer al abismo que succiona todo,  
al abismo que se cierra como un puño y que se lleva  
las tardes aquellas, cuando caminabas,  
-caminabas como si no tuvieras sombra, caminabas  
como cuando la lluvia está de bodas, caminabas  
con tus ojos de fragata, sonreías  
pero también sollozabas, sin sollozar,  
no había lágrima que te pudiera  
ni Dios humano que entrara a con tu seno  
habitar, yo te he visto, caminabas,  
y avanzando adelantabas la cabeza para verme,  
para verme pasar, y yo quería que me vieras,  
y lloraba, como una manzana extendida que nunca  
podremos saborear. Somos peones, reina, los hombres  
somos peones con afán de alfil, y a veces  
la arrogancia nos incita al anhelo de ser reyes,  
anhelo que es un viento que las velas hincha  
hasta romperlas en día jueves. Jueves,  
cuando uno espera, con la luna en los brazos  
acabando de nacer, un jueves carabela,  
fragmento de todos los Longinos sin su lanza,  
cosas que no cambian en los morros con espina,  
casa al borde del mar, sobre el peñasco,  
tú naciste un martes, día de combate,  
con mil palabras en el cuello, tú naciste un martes,

vamos, deja que vayamos juntos, hace música  
Bach con cristantemos melodiosos,  
no hay nada como mujer, Penélope, no hay nada  
como la madre que espera que su hijo,  
esquirla del amor, escriba las historias  
del padre que se fue a luchar y está perdido  
en el Hades combatiendo con quimeras,  
Ulysses que nunca retornó, con quien conversa  
Orfeo con su lira, que es la llave  
con que abre el cielo su calvario antiguo,  
y Sócrates insiste tercamente, pues cobija  
la esperanza de que Diótima lo saque  
del hoyo como a Dante Beatrice,  
y su sueño, soñador, lo rebautice,  
yo sé que no hay mujer con el ingenio  
fuera de ti, oh Diótima, mis manos  
me dicen que naciste en martes por la tarde,  
naciste con la tinta en la mirada, con los labios  
confundidos por el aire nuevo de los hombres,  
naciste y descubriste las carreras  
del tiempo que en el lunes ya son viernes,  
la luna que en la torre es como el alba,  
y supiste que en Icaro habitaban  
las ansias de la luna siempre niña,  
la vida es como vuelo que registra el cine en sus pantallas,  
como un labrador que entierra la semilla en el surco,  
como un sexo mayor que veinticuatro horas,  
seco y adusto, a veces fresco cual Danubio,  
desierto de libertad, oasis sin espalda,  
cuerda de eternidad, agua que me vuelve joven,  
fuente que inició la cuenta regresiva,  
cintura que se arquea con la lluvia en prisma,  
multitud de sol, sol en los sueños,  
mano que parece constar de agua que penetra  
en el alma como un verso puro, agua  
de Apolo que empieza a ser el río sin su lecho,  
Apolo que es ciudad de ayer, torre de lunes,  
nación sin sábado, domingo que se acaba,  
el mundo sabe a paladar de menta, al tuyo,  
mi pueblo natal flota en tu pecho,  
mi muerte es desear, es mi caída  
cada vez que copio mi alma y la equivoco  
con ganas de pronunciar tu cuerpo, de beberlo,

tu vida es ciudadela, tu mirar es ruido,  
sonido que soporta en sus espaldas las cúpulas  
y todos los techos del silencio, las entradas  
del sol que amaneciendo es flecha,  
vientre que succiona Láctea Vía,  
días que se acaban en abrazo y en abrazo nacen,  
inician la distancia del ardor, aman el fuego,  
se juntan con tu pasos que no acaban nunca,  
y tú, mujer, leyendo a Góngora, sentada  
sobre una piedra negra, peñón que sobresale  
de la mar de la lágrima quieta,  
y tú leyendo "Razón de Amor", para que venga  
la sinrazón como libélula y te deje un beso,  
y tú cual Blancanieves que despierta cada día,  
y tú, que eres dolor, que eres espiga abrupta,  
todas las hierbas de que mis manos están hechas,  
toda la tierra que mis poros sueltan  
al aire sin su dónde. Eres mi casa,  
Amor, aunque te vayas, tú serás mi casa,  
serás mi sartén, mi cuchillo, mi tabla de madera  
con forma de cerdito cocinero. Tú serás mi casa  
y mi mandil y mi fritura, y cada sopa  
dominical con su semana sin pimienta sola,  
serás mi sartén, que es el espejo de mi hambre,  
y el vaso de vino con sabor a sed que no termina,  
y la mesa puesta, amor, en ceguera, serás mi casa,  
la puerta de mi casa con sus años como peñas,  
los días sin paciencia que nos tejen escalera,  
el silencio de sonaja y la vacía mamadera,  
pero tú, pero tú, qué dulce,  
déjame al menos soñar con ser tus hijos,  
manantial que se agota, tempestad,  
jungla al navegar, eres mi casa.

¡Pero cómo! ¿Qué es el tiempo  
si no la caricia del puñal de César sin sonido  
y el aliento de la vez sin antifaz, Venezia,  
y memoria cuyo cáliz de lascivia  
envuelve en fuego a cada musa, margarita  
como pedestal en anhelo de plata,  
hielo canicular que se estrecha en la altura?  
¿No es el tiempo el lobo que destroza  
su propio grito con lo frío de lo oscuro?

¿No es el mar que encalla en los islotes del Dorado,  
mirador del deseo que no cumple nada  
y tan sólo sabe hacer presos cada día,  
y Nortes que engatuzan al sextante,  
y pechos que cobijan gárgolas de fuego  
y avenidas sin rostro cuyo azul se despintara  
en los ruidos del silencio sin minuto,  
sin surco y sin oleaje verdadero?  
Y la verdad ¿no contiene un viento de cicuta,  
surco que es trueno que a la vez se calla,  
tren que desespera por cifrar el verso,  
cueva donde muerden a las nuca las cadenas  
y a la lengua la mordaza? ¿No es el pretexto  
de Pilatos para entrar en nuestra historia?  
Y el silencio, ¿qué es el silencio? ¿ciervo ajeno  
que vuela por las cumbres sin ser visto  
al derramar sus manantiales en el sueño,  
agua que nunca beberemos? ¿Cómo amar?  
¿Cómo amar aunque el café en el fondo, muy tostado,  
se nos vaya perdiendo, ¿cómo amar muy desde adentro,  
amar sin número ni cálculo de oficio,  
sin cenizas que atiendan a las cosas,  
y sin más, sin confusión, y sin menos?  
¿Cómo amar para que el amor me fosforezca  
y en mis ojos desiertos tu nombre se clave,  
y todos vean que tu cara es peregrina,  
que tu cuerpo es golondrina de Renania,  
canto que se atreve a cosechar manzanas  
sin mover una mano. Tus brazos son arcos,  
tus besos son las liras que menciona Heráclito,  
oh tus muslos de acero de estructura que rompe firmemente  
el barco en brújula y la silla en su esbeltura,  
tus caderas son como una madrugada que parece tarde  
y genera confusión en los gallos del alma,  
he allí mi juventud: se va en tu cuello,  
se cansa y se pregunta en el destierro  
si la voluntad, Orfeo, es una flauta que extinguía  
las formas del fracaso que amenaza  
con tragarse el poco fuego que mojaba  
sobre el mundo. La voluntad se parece  
al plato de lentejas que destruye al hambre.  
La voluntad es cuando bebo hasta morir cada semana,  
cuando me hundo en los abismos embriagado

y mi alma se convierte en niño bandolero,  
niño como flor que te amaba al acecho,  
que te amaba en su guerra a mil secretos,  
todos los domingos sin grito ni minuto,  
te amaba con porfía de irlandés aunque te fueras,  
te amaba fuera de horas, sobre el campo,  
soltando cada lágrima de Efeso,  
cada horario y los deberes de escritorio,  
yo viví por ti, no cumplí nada!  
Yo pensaba en ti cuando la lluvia era lirio,  
metal que recibía el alma en su herrería,  
fuente que crecía en sus piruetas como un árbol,  
déjame confesar mi vida sin rodeos:  
yo quise andar como ave por los días, ser delfín  
ante cada barco que pasara, dar mi dicha  
para que hiciera más dichas todavía. Yo ignoraba  
que mueren los delfines en las flechas,  
que yace el mirlo sobre nieves en diciembre,  
yo no supe que las tardes de abril nunca llegan,  
que uno es hombre y el pensamiento se acaba  
como la torta en el cumpleaños que no echará raíces  
ante cada despedida. Somos más pobres  
que el catorce que en secreto nos espera,  
más pobres que la espera del apóstol en aceite,  
cada vez más pobres: somos tiempo,  
tiempo solamente, carcelero tiempo  
que no acierta su medida a lomo.

El amor, dejadme preguntar si es una reja  
de material invisible que separa  
tu cuerpo de mi cuerpo en el principio,  
tu boca de mis labios que caminan  
a trancos que hacen ruido y se preguntan:  
"¿Habrán tan sólo cinco formas, a saber:  
amor loco, yo por vos y vos por otro,  
amor trampero, cuantas veo, tantas quiero,  
amor serrano, más me pegas, más te quiero,  
buen amor, el del fiel, gran perdedor,  
y Amor amor, muchos versos, poco amor?"

Huye, definición, como un alud de la cima, huye,  
sólo importa que estás, pero no sabes,  
te esperé sobre la orilla con la arena húmeda

y los pies descalzos. Te esperé mientras jugaba  
a armar castillos, para que tus ojos  
brillaran más que los míos. Te esperé diez,  
veinte, mil minutos; cada uno  
era como una eternidad donde moría,  
te esperé como consigna, yo de pie, cavé una tina,  
me desgarré las manos por cavarte todo,  
para que vinieras, como la ola con su furia  
trayendo un poco de agua, te esperé con todo,  
para que te tendieses al sol y sonrieses,  
para ver tus hombros y aprenderlos de memoria,  
pero no viniste, o si viniste, te he olvidado,  
dime que has venido, que mis manos áridas  
no enfermaron por gusto, que valió la pena  
esperar cada mañana en tu balcón, con el firmamento  
testigo de mis travesuras. Dame en tus palabras  
refugio a las mil flechas que en el sur me sangran,  
espacio a cada sueño que marchítase en el campo,  
forma sin secuencia, memoria, más memoria,  
a recordar lo que no he vivido todavía  
y creer que lo he vivido, que el instante  
es un sentir muy geórgico y andino,  
qué bello nombre, repetirte: "andino",  
fuente de piedra testaruda cual destino,  
paredón que nos fusilas, estupor del mundo,  
o cuerpo de Miguel o de ricino.

Mis labios son materia incandescente  
que corre como un río como un río como un río  
que alcanza el fin y no se entrega,  
un fuego que arde sobre el mar y lo devasta  
y vuelve siempre, siempre,  
un viento fuerte que se extiende y sopla  
y sopla y se lo traga todo,  
pero todo sin dejar un ruido  
ni eco en el silencio de una madre  
tan mar como la mar, tan mar, tan mar.

Cómo pasan los años, uno tras otro  
como con aspas de molino que hacen agua  
allá donde vivo, campo al lado,  
brillo de espiga con exactitud dorada,  
hermana avena: qué eres exacta,

no hay error en ti, pues lo das todo,  
la perfección no es causa de palabra  
ni fin del universo, es voz que anida  
en el acto donde yace el corazón entero,  
¡y qué tristeza siento hoy día! Duele el cuello  
como si una flecha lo surcara enteramente  
y saliera por la garganta. Esta tristeza  
es más que un nombre, nace  
del dolor como del yunque la herradura nace  
y no deja de nacer. A veces  
nace un hombre con insomnio,  
un hombre con dolores de cabeza, un hombre  
que llora por las tardes y se dice  
estar llorando por el mundo, a veces nace  
un hombre que juzga ser poeta  
que afana su herrería diariamente, pero sabe  
ser un pobre obrero con la frente al suelo,  
una flor sin pasos, sin pisadas.

¿A quién le pesa haber amado, haber creído  
que el gran amor es el ladrón entre los días,  
un mago que trajera desde lejos  
fragmentos de alborada y paraíso,  
pero el alma, florería de anhelos, pierde todo  
y la unión es la muerte. Oh Dios,  
tú que supiste que el monólogo es triste,  
tú que buscabas algún conversador que sonriera,  
sólo te pido la gracia de una muerte quieta,  
ya que me has negado el descansar del sueño  
y el poco amor que quise, deja, deja  
que sobrevenga mi morir con su dulzura,  
yo te pido: "¡basta!", Dios, óyeme hoy día,  
yo esperé tanto de ti: te doy las gracias  
por los ojos que no duermen y las manos vacías.  
¿Qué fue mi vida? Soplo de una vela.  
Tuve suerte: debió matarme un toro,  
debió arrancarme el mar toda la vida,  
no os pongáis tristes: es inútil la tristeza  
y compadecer al otro es saberse miserable  
y disculparse las miserias con la mano  
palmeando los hombros. Y los hombros  
cargan con el cielo, dicen al menos hacerlo,  
mas ¿qué te justifica, Dios? Estoy cansado

de no ser nada. ¡Cuántas veces he querido  
combatir contigo. Pero todo me lo has roto.  
Has roto mi pobre historia, la has quemado.  
Has roto mi esperanza, como un hato de madera,  
has roto los panes con sus quintos, los has dado  
a las aves que en invierno no hallan nada.  
Yo dije amarte, dije tanto, y en el fondo  
no supe amarme a mí ni por poquitos.  
Yo dije alguna vez: "Señor, te amo",  
por eso no entraré en tus paraísos,  
por eso mi sustancia pulverizas:  
no hay el alma, con sus alas y saetas,  
nuestra alma nos interpreta, nos engaña,  
¿qué estoy viendo? Soy la sombra  
que estoy viendo en el espejo. Sólo eso, sólo eso.

Todos mis amigos están lejos, Lázaro,  
ya los he perdido, Amor, qué lejos,  
quizás yo nunca los tuve,  
yo los amé con candor, pero están lejos,  
yo escribía un verso y lo mostraba cual mendrugo  
y esperaba una sonrisa: lejos.  
Nada tiene medida. Tus ojos reconocen  
al escarabajo que vuela a cien kilómetros,  
al ciego que nos rompe el cuenco en el hocico,  
al sepulcro que nos suelta, Lázaro,  
mejor callemos lejos.

Niña, cuando digo "piedra"  
o conjugo el verbo "ser" estoy pensando  
en ti. Pero pensar en ti no basta,  
es imposible. Tú no entras en mi testa,  
ni en mis brazos cabes: te sirven de escalera  
para tomar Constantinopla y devastarla,  
pero pienso en ti y el fuego cesa,  
deja de crujir imaginado, cuando sueño  
yo soy tú: en el mar me veo,  
y amo la gaviota, será porque no vuelo,  
me siento en las orillas, trono frío,  
a esperar que nazca un libro.

Niña, déjame quererte en el papel vacío,  
déjame verte a través de la noche. Pero

para qué pedirte que me dejes,  
si tú por ti no puedes nada,  
nada de todo lo que ayer yo te pedía.  
¿A quién pedirle entonces?  
Mejor no pedir nada.  
Mejor no desear. Por eso, hermana,  
déjame quererte en forma plana,  
vivir bidimensional que evoluciona,  
te quiero atroz como mordiendo el agua,  
estás sobre la mesa, en la madera de la mesa,  
estás en el café con su vapor de fuego  
y en la cuchara de aluminio hambriento,  
estás en Bonn, pero el amor no espera,  
y se escapan tus cabellos de la oreja,  
y aunque mueras, niña, no me quejo,  
porque yo también he de morir. Un ángel  
habita en la agonía, con su lanza  
lastima al gris dragón, la vida  
sin ti. Contigo, la agonía  
otra cosa sería.

Esta es la ley del universo: que se junten  
los que creen haberse encontrado, y se separen  
los que amaron. Yo pregunto  
¿por qué nacer tan tarde?  
Llegar muy tarde cuando todo  
pastal ya ha sido repartido.  
¿Hay intención en ley? ¿Controlaremos  
lo que somos? Nada somos, yo no creo  
en la vida eterna allende la agonía,  
la agonía es la belleza de la vida,  
ver que todo, como en sombras, se diluye,  
como el agua que se escapa entre los dedos,  
si hubiera vida eterna, no la quiero,  
que la dicha sea de los otros que la tienen  
merecida, que los otros  
gocen del maná que he rechazado  
-manjar que nadie me ha ofrecido-,  
mi paraíso consiste en haber sido  
porque nunca más seré. Soy como un niño  
que cumple la tarea y cierra los cuadernos,  
y no revisa la suma ni la resta  
pues vivir es división,

ilusión dividir.

Con amor erramos las distancias,  
somos niña si te vemos en los patios, niña,  
saltando como el agua que no beben  
los pajarillos: en sus plumas quedas,  
quedas en columnas, cariátide atrapada,  
te estoy viendo, crisantemo en orilla,  
tus ojos son mieses cada vez que hay hambruna,  
mirlos atravesando el firmamento de invierno,  
tu boca es un ave, palomar de silencio,  
eres en tu arrullo cada vez más mía,  
caracol es el tiempo que surca tu vientre,  
dichosa la abeja que te lleve el polen  
para engendrarte el mundo en estornudo,  
tu dedo está vagando entre tus labios,  
y no sé lo que piensas, trepadora  
de castañas floreciendo al iniciarse el otoño,  
oh tu palabra de fuego en la nube que pasa bailando,  
ímpetu oscuro que nace en peñascos y acaba...

Poema es ley que agota su dictamen,  
sin mención de esplendor por las laderas  
y una flor en él capitanea  
el rostro de las almas que devastan  
todo, hasta la soledad de la niñez, cubierta-  
barco ceguedad del tiempo en sus cordeles,  
allá va Helena con su voz de Daphne herida,  
juventud de estrecho, disparar de llave,  
la linfa fluye por las noches, llueve,  
acude entre las hojas, es la lluvia,  
la tarde va cargando el ocurrir, presentimiento,  
negación del continente oculto, no hay poeta  
que retorne acorralado por los vientos,  
la sangre es una ley que forma carne,  
palabra al despertar en el olvido,  
Ariadna, tus cabellos son mis manos,  
y Dédalo, en tu llanto, es tu arquitecto  
formando adiós, abismo que penetra  
el Ser que se me agita, la escalera  
perdida entre las costas del esmero,  
lava al saber manar, encallan tus cenizas  
en fuente de ternura que se pierde,

mejilla de la tarde, luz de quilla, fauce loca,  
mis manos agüifican tu soñar, tus senos,  
te arrancan el aliento, tu cuello es un santuario,  
mil penas lleva el ciervo en cornamenta,  
guerrero en manantial, esperas tanto  
que el león se olvide que le bebes,  
que le estás debiendo el mar, un sacrificio,  
el ciervo es tu poema, Shakespeare,  
lanza de sol, el mar de la tarde sucumbía  
como un cielo en un beso a los prados que callan,  
como un albatros que es la vida sin su flecha,  
y la muerte lo es todo, principio, aleteo,  
eternidad del ocaso que alguifica la pureza,  
tus ojos son perderse, tu boca es persistencia,  
ala de ayer, pueblo infinito de flechas que devoran  
el cuerpo, ese alimento que se oxida  
de tristeza y de verso por la calle sola.  
¿Quién me dará calma para amar sin arquetipo,  
para ser mi propia vida sin lágrima de hierro,  
sonido que alucina el ataque del silencio,  
lluvia de crueldad, experto en penas mudas,  
oh tu expresión de melón que arrecifa en el alma,  
cantidad ahogada en la gracia del mar,  
puerta de la amargura, noche sin ventana,  
ventana sin tu tronco, luna, tu palabra  
es fruta ardiendo al pasar sin remediar los versos  
que el viento escribe en la tormenta nueva,  
uno es bregar, sin bote y sin consigna,  
uno es almirante que se acaba en la lluvia,  
montón de barro sin nombrar que rete  
la inmensidad de la mujer y sus paredes,  
cárcel de luz, herida sin quererres,  
soltura sin final que nazca en la amargura,  
oh ven, morir, tu música somnívora me llama,  
me llama tu cuerpo, buganvilia fresca,  
no hay nada como tú, que lo transtornas todo,  
puente de realidad, la realidad apresada  
los besos que se han dado sobre Italia,  
el frío de un poeta en Alemania, que es noviembre  
y todas esas cosas sin nombre surgido de la boca,  
mas tu quedar, ¿no sale de mitad de los caminos?

Tu olvido es pescador cuya tarde se acaba,

tu olvido es como un ancla que los montes surca  
arrastrando poblados con la faz de su grito,  
legión de un eco que se acaba en cada siglo,  
tormenta de ultramar, ángulo roto,  
¿no habrás nacido, remolino, en el estrecho  
del fondo del amor sobre Mesina?

Tu forma es como el fondo cuyo ser socava  
deseos que se enredan en nostalgia nueva,  
tus ansias se estremecen pecho a pecho,  
cada amanecer es un olivo que renace  
en el horizonte que cabalga en la luna,  
cuna del decir arrullado en las manos  
del mendigo y la mujer que llora.

¿Qué somos nosotros? Árboles ignotos que navegan  
en barcas sofistas de la orilla antigua,  
árboles de olvido en colibrí que se enciende,  
sueños que arrancamos con la furia del tiempo  
al despertar.

¿Quién se pregunta cuándo  
se alcanza madurez si se la alcanza,  
cuándo la atlántica impaciencia estalla,  
y la apariencia del hombre se audifica,  
sonido sin presagio que augure osadía,  
restos de la aurora que socavan un momento,  
oscuridad sin reloj, quién se atreve  
a decir que tengo problemas con el tiempo,  
que no llevo reloj, que llego siempre  
con horas de recuerdo anticipado?

Hay un cuerpo en tu cuerpo y el mundo es un ángel  
un ángel que estoy viendo, miserable y triste,  
un ángel hermoso que se nutre de caídas,  
un ave que se curva el lomo en las caricias  
del ayer, que intenta en vano destruirse,  
sepultar lo del azar, que no haya sido  
la inmensidad de las cosas sucedidas:  
somos un Atlas al cargar nuestro pasado,  
el ardor es la rosa en un beso que retorna,  
pulso herido en la estrella que hoy se muere,  
adiós que se estremece cual cañón que estalla,  
algo brama en nosotros: es el viento,  
el frío que nos cala viene de dentro de nosotros,  
oh luz que pareces ballena que se hunde al abismo,

expulsas la brisa cantando y haciendo mil chorros,  
figura de amor. El amor es un búho cansado,  
el amor que yo siento se inscribe en el tiempo,  
con firma temblorosa y rostro que no duerme,  
no duerme mi alma ni mi asaz mediodía,  
ni mi búsqueda. Soy río que sus aguas pierde  
y los montes socava. Soy un hombre de fuego  
y al fuego ¿qué mujer lo toca? Sólo así se explica  
que el mar, vino de inmensidad, no quiera.  
¿Amor? ¿Yo dije: "Amor amor" en el tiempo?  
Ese amor que esperaba no existe, lo siento.

No lloréis al sufrir, basta conmigo,  
poetas, escribid mil versos sin tomaros  
tan a pecho las cosas. Porque en realidad  
no importan. La candela del dolor acaba,  
búrlemosnos della, para que pronto nos deje.  
¿Quién pierde el tiempo encadenando  
a una sola sus pasos? Recuerdo mi rostro  
surcando las noches para escalar un balcón  
y sentir una mano helada tocándome.  
Recuerdo mis índices del alma, que marcaban  
un nivel de alcohol muy árido y enhiesto.  
A veces nos cae encima la tierra más hermosa,  
como un campo de trigo que promete todo,  
que nos muestra el mejor de los zaguanes,  
lo mejor del ser de la infinita herida,  
llaga que se abre con hambruna cada noche,  
hinchada como un sueño y cerrada al dormirse,  
campo de pedernal, pino que quiere  
otro pino cual candil que dé lluvia sin puerto,  
humedad del amor, el amor o es el agua  
o el vacío del silencio que propagan  
tus consejos, Albinoni, en cada nota,  
yo quise ser capitán, pero soy barco,  
quise romper, pero soy piedra a la que rompen  
el viento carpófago y la esteta lluvia.

La eternidad fue. Fue una cascada en arroyo  
detenido al cavar la tierra, abriendo los mares.  
Fue salir de caza el horizonte, cual Pizarro.  
Fue, pues ya no es más, como un portal que muestra  
la silueta del amante que se marcha.

Pero el sol está cerca y la distancia es la muerte,  
y un hombre certifica que una mujer fue hermosa,  
y una voz acumula los errores de un idioma,  
y una mirada cielifica la ausencia huracanada,  
y una mujer se me perdió por Samarcanda,  
porque la eternidad fue. Fue ciudad-estado  
rodeada por el tiempo, lúcida barbarie,  
forma del clavel, figura madre,  
la luna es un brazalete, el sol un Ebro quieto,  
que ya no combate con ardor antiguo sus llanuras,  
bebo en nombre de ti, y el aguardiente  
es un cielo. Un ciprés con mil brazos de candela  
es el aguardiente bendito que me da tu memoria,  
lluvia que me rasga la garganta, lluvia cruda,  
el agua ardiendo que me quita el habla  
me sabe dar silencio puro. Me sabe dar  
tus átomos que están en crecimiento,  
ave de ultramar, oigo que creces, la niñez te crece  
como un campo devastado por el sánscrito eterno  
del amor. El amor es un cangrejo que bautiza  
a todo místico ansioso de caverna  
y del cansancio nuevo que nos quite  
el mirar. Cantemos al vivir del verde trigo,  
al cantar del cielo, que es la lágrima de un grillo,  
un espejo es el desierto que nos muestra el alma,  
un espejo del Eros cuyas flechas dejan  
de herirnos al final de cada siglo,  
cuando buscamos morir al comenzar, la eternidad se muere,  
el fuego del tiempo ya corona su agonía,  
eres como un humo tú, goce pequeño,  
precisas los ascensos del tiempo que hiere,  
nada hay como tú, quieto momento,  
todo tú eres saber mayor que encyclopedia,  
que es voz que de "cíclope" proviene,  
flora perforada por el Nadie homérico,  
magia que en el número se cifra al abrazarte,  
el día es el padre del poeta que se embriaga,  
párrafo agitado por la luna más leve,  
pensamiento que sufre, voz de ayer,  
estamos combatiendo la Pitón, Apolo,  
la hundimos en mazmorra que es instante,  
miras como una luz, huyen los mares,  
fue bella Daphne.

El sueño, dicha que tiñe el sol con sus olvidos,  
¿llegará a los niños como un viento de amapolas?  
Los niños, que son un fondo de mar, un canto,  
un núcleo sin final que tema el Hades,  
mil olas correteando en piernas ágiles,  
hijos de la madre soledad, prado de versos,  
de lentitud y de jugar con los cabritos,  
y de cazar tus mariposas, Bécquer,  
para seguir viviendo. Enjambre niño,  
tempestad de la mujer, del vientre nacen  
los sueños del que llora, Segismundo,  
que es un niño de estirpe que se acaba,  
flor del mar, viento marinero,  
los días son cual fieras de erizada nuca,  
son flores que contagian palpitar marchito,  
puentes, niños míos, vosotros sóis puentes,  
sodes gacelas de la Armenia olvidada,  
ganadico sin dueño, graznar de los gansillos,  
sóis hermosos como Belén, como una grieta,  
aunque a veces reviente una herida  
y surja la sangre como una hojarasca,  
sóis lo más hermoso en este herido monte,  
os veo alguna vez, improvisando un castillo  
en la arena, derrumbado por el motor de las olas,  
vosotros construís vuestros burgos convencidos  
de que la arena es piedra y que la abeja  
es la aurora de la miel. Vosotros creéis  
que los unicornios vagan en pendientes,  
creéis en la infinidad, en las cuevas sin nombre,  
y la aventura diaria os cubre como espuma,  
y la sopa avanza sin cucharas, esperando  
el postre de las manos de la madre,  
¡Y cómo amáis la dulzura! La harina de flores,  
la madre es una flor sin adiós, sin silencio y sin nunca,  
la madre es un alma de hormiga que besa  
las frentes con su boca colorada! ¡Cómo amas,  
madre, a tus hijos y les secas con pañuelo  
la lágrima abrupta, madre, cuya mano no es ira,  
enséñame a sentir, a callar mientras la lluvia me habla,  
enséñame a tejer la luna tras mis ojos,  
a besarla cual nostalgia tras los vidrios  
que dibujan colinas. Enséñame a olvidar que vivo,  
que he nacido pues mi novia ha muerto,

he nacido porque de la oveja es extraviarse,  
y de la niña preciosa la mar. He nacido  
como el agua, rosa sin cabo ni junturas,  
esperanza de sol que lo recibe todo,  
pues todo lo da, hasta las sombras,  
y la tarde es un puño, y vosotros,  
cómo extendéis el mañana  
con vuestras manos abiertas, cómo abris el mañana,  
cómo lo estáis abriendo ayer.

A veces hay odio, en Athenas o en Nemea,  
y las cumbres tiemblan, porque alguno  
desencadena las penas, las rompe como a espumas,  
para multiplicarlas en los bosques,  
y truenan los disparos como gotas de la lluvia,  
y caen los soldados como las horas que traspasan,  
y manchan las lágrimas con sangre las nubes,  
y llora sin sepulcro la hermosa Sulamita,  
pero nadie entiende. Y los instantes se marchitan,  
allí está la muerte, guadaña del galeote al hombro,  
crece como un candil y enciende la luna,  
devastando cada cielo, Grecia,  
crecen los fantasmas y las almas que recorren  
los campos baldíos, y sus pasos crujen  
y al pasar estremecen la luz de las velas,  
y la agonía crece. La muerte se extiende por el mundo  
como una azucena sin corazón y sin dulzura,  
los viejos sucumben, y también los niños,  
porque todo es antojo, la vida capricho,  
¿buscas la justicia, Dédalo? No busques  
construirla con el temblor de tus manos.  
Somos un atado de ofensas; la justicia  
es una idea, pero el mundo es distinto,  
échate a mirar cómo la luna, arquitecto,  
cambia su vivir, a manera de unos labios,  
muévete tranquilo por el viento,  
y no busques más. Eres un hombre  
y los hombres dirán si eres demiurgo,  
aunque nunca lo hayas sido. Fama nómada  
y salvaje nos traga la tinta. Fama,  
acantilado sin final y sin descanso,  
pecho que socava los silencios, fragua  
del insomnio, perro que despedaza

nuestra vida como pétalos que pierden  
los lirios. A veces hay muerte  
como a veces hay fama, y los días callan  
con su desierto de aurora, oasis  
que proclama descanso. Los que luchan  
morirán luchando; los que saben  
sabrán algún día que no importa; los que aman  
dejarán de amar, mas los que odian  
seguirán rompiendo puertas y ventanas,  
baboseando reticencias de doncella,  
asaltando cual corcel remordimientos,  
resbalando, sembrando jabón en pasadizos,  
saquendo lo ligero de los barcos,  
no siendo.

La poesía, ¿quién nos la dará?  
Risco acantilado, el verso vaga en la proa de la nube,  
el verso quisiera ser tan bello como rosa,  
hacer milagros como un santo, difundir  
algo de primavera en su caricias, olvidar  
que los días andan prófugos,  
y que el sol es un silencio  
para llorar. Hoy me siento en esta roca  
a ver que con el Rhin la poesía fluye,  
el Rhin que se lleva mil penas, mil amores,  
eterno río, tú que todo transfiguras,  
dime: ¿no serás tú también una rosa?  
La rosa que veo alargarse en buganvilia,  
tus aguas saben a sal, a zanahoria,  
cada día en ti es primavera, tu mirada salta,  
tú has de ser una mujer hermosa, Rhin,  
enamorada del silencio del tiempo,  
por ti han pasado mil guerras, mil combates,  
mil columnas de fuego en polvo no han podido  
detenerte, cambiarte, enloquecerte,  
hacer que de tu cauce las aguas se te escapen,  
no han podido, río Rhin, te siento hembra,  
y aunque fueras macho, la eternidad carece  
de sexo. No tiene sexo lo eterno, sólo alas,  
tus alas son la sombra de la noche en tu cuerpo de luto,  
de luto por la suerte de todos los que han muerto,  
de todos los que has visto, en juventud lozana,  
cruzarte sobre un puente, en la canoa

sobre tus espaldas. Como tú, Rhin, no hay nada,  
como tú no son los ríos recorridos  
por Ulises, cuenta Homero. Como tú no son  
los adverbios remontando la bruma, como tú  
no es el olvido. Como tú no es el desierto.  
Cómo tú quiso ser la mujer que amé tras los recuerdos,  
como tú quieren ser los anclas de los días.  
Tú seguirás como Apolo, corriendo, juventud de mañana,  
tú seguirás arando los oros sepultados,  
lamiendo, desgarrando. El Rhin es un ave,  
aunque nunca alcance, seguirá corriendo.  
Tú eres un clavel azul, yo voy muriendo,  
eres el bajel que te atraviesa en mi rostro,  
beso del alba cuya lengua se gasta,  
no hay bloque ni misterio que tu curso detenga,  
eres mayor que la magia y que el silencio, fluyen  
tus pasos al mar, tus aguas de artillero,  
a veces el hombre se aira, pero tú te aquietas,  
entreveras las piedras, en silencio  
todo lo transformas, y el cangrejo del mañana  
espera tenerte en sus tenazas; tus arenas  
parecen cisne, tu plumaje desnudez,  
oh Rhin, corcel de los corceles, viento potro,  
enséñame a ser como tú, porque nada te encabrita,  
a ser como tú, que pierdes tus costados,  
como tú, que en el crepúsculo creces,  
diluvio de perlas, nostalgia de rocío, como tú  
que a veces inundas las orillas, los puentes,  
como un dolor, como una ola acumulada  
tus aguas golpean cual pedrada, rompen todo,  
trincheras, tiempo, barricadas, todo,  
contigo he aprendido que el hombre es un esclavo  
del existir, y que el cansancio es la historia.

Engañar es morir. Tú me has robado.  
Tú me has robado, Hermes, el amor de los domingos,  
horizonte crucificado en la memoria.  
Penetras en los instantes, rompes lirios  
para hacerte lirio. Tu robo es un milagro  
una entrega que no pide nada, vuelta,  
¿eres la altura que nos trepa cuando calla  
el día, nudo que tiembla? Eres hombre y te amo,  
eres pato que despluma su experiencia sin cuidado,

cazador apostado en pendiente de metal bruñido,  
y de los ríos sales, como un ansia,  
y qué leñador podrá resistir tus tentaciones?  
Me has robado.

Tú eres un Pisístrato, Cupido, un principio que sólo fundamenta los misterios. La vida es un puerto, cuerpo que se pierde en las olas, el mar es un puñado de granizo derretido en tus manos. Adiós. Adiós. Adiós. Algo me crece como un resultado de la suma de los años, como un revolcar que se asfixia en lo real y sus orillas cubiertas de arena. El cielo es un rizo que define sus olvidos, un final sin saber y sin pétalos. La ciencia es una flor de silencio, una flor que calla todavía y lo divide todo. Pienso en ti cuando me callo, tu nombre es como médula que brota en las llanuras, camino estrecho de sonido de aurora, y el sueño crece como una columna enloquecida, el sueño es un suspiro que no alcanza a descubrir los truenos que estallan como vidrios.

Como un tronar me ejecutaste inmenso, paredón de luz, trozo de escopeta, vela que se apaga ante el viento. ¿Hay algo de mortal en mí? Todo en mí es más mortal que el silencio. El mármol persiste, y mi carne se acaba, mi aliento es una noche sin alquimia, oro perdido en las anémonas profundas. Mi día es un pulso de entrega y de melancolía, una bruma que entera se derrama, como plomo, como cuerda sin mitad, como cruz sin anhelo. Tú hablas y es como si una rosa se derramara, cueva de oscuridad y misterio, eres como una cuña entre mi nada y mi anhelo, como una virgen que se olvida de entregar la noche.

Forma sin esfera, ¿dónde habitas, ángel vagabundo,  
ángel de la noche cuya sombra en los vidrios se quiebra  
como una espada que se hunde en la espalda,  
y el cuerpo es una espiga, el viento es destrucción,  
la destrucción purifica las espinas,  
y las espinas son espacio de hermosura,  
allende las estrofas y las ínsulas,  
la vida es división, es fiera entre las horas,  
que acecha como lanza en el silencio,  
la noche es una flore, ángel de hierro,  
fuente de agua que se enreda en la piedra,  
déjame esta herida, déjamela, quiero  
tener este recuerdo tuyo, ser la hormiga  
que arrastra lengua de mirada, polvo  
que no alcanza la madera sin su llaga, rostro  
sin llave. Angel carcelero, patrón de todo verso,  
¿dónde está tu poesía sin sonido, lluvia  
perdida en los rincones que fecundan

la multitud de silencios que desbocan  
el atascamiento del verso? Tu poesía es como el ave,  
ingenua luna de esperanza bandolera,  
cabalgar de la mano que flota en los papeles.  
Pero la mía, la que no es mía, porque nada es mío,  
se parece a una mano apresurada. Se parece  
a una manta que lo cubre de hambre todo.  
Quiero ser una piedra, y eso es poesía.  
Quiero ser una piedra y el martillo que en sus golpes  
pulveriza la textura de la piedra, así, con furia,  
para volverme polvo, y ya no sea,  
y eso es poesía, que uno mismo ya no sea,  
que la mirada se pierda en latitudes,  
y la moneda sirva para entrar a tu burdel, Caronte,  
cueva donde no habrán las naranjas de siempre,  
esas que su hundían como barcos en los dientes,  
ángel pétreo que vuelas, como una parra de fuego  
te derramas. Eres la mujer que saca chispas  
a sus pasos, punzada del costado, eres  
la rosa que yo amé y que sigo amando,  
sed de animal, te filtras en cadenas argentadas,  
tu espada derrama semillas con su fuego,  
tu soledad es forma que gira y gira y gira,  
en el jardín de la sonrisa, tú eres  
esa vereda que de niño yo evitaba, esa alma  
que yo amaba tras la luz de un candelabro,  
y naces, por las ventanas naces y los vitrales se quiebran,  
naces como una verdad que se marchita nunca,  
como la vez cuando te vi, eso es verdad, oh sí,  
sólo es verdad el verbo "haberte visto",  
perder el juicio, ser un campo abierto,  
luna que se pierde entre papeles de escritorio,  
daga que se apaga con su fuego y quiere  
morder el cuello, llevarlo a las tinieblas,  
comparar el sufrir al silencio, a la bruma,  
perder mil horizontes detrás de mil navíos,  
saber que el ciervo es hojarasca que llora  
al beber las aguas descritas por los libros,  
las aguas con sazón de apocalipsis,  
los ecos descubiertos por tu amor, oh Händel,  
la luna es un Cantar de los Cantares,  
un cantar que se cierne en la llanura, sobre Moche,  
Amor sin auspicio, callado velero,

puerta del alba, ancla que te duelo  
en ascuas que ahogan al sol en carbones,  
ángel del trabajo, cómo a ti te quiero,  
yo debí ser abeja en la distancia que zumba,  
ser la bruma que lo oxida todo,  
puerta que se cae y desfallece en los caminos,  
infinitud del yunque que forja la herradura  
del día, ese burrito. Pero el día, ¿no era un parral?  
¿No es una herradura del amor perdido,  
celo que retoza en los lechos empapados,  
puente descubierto, cruzado por carretas  
que llevan mil almas en mil cuervos,  
derecho al cementerio? Y la distancia,  
viejo abrigo colgado en una percha,  
anaquel con estructura carpintera,  
fragmento de la noche que contempla  
a las gaviotas que juegan con el alba  
contra el viento, y en sus alas la cultivan,  
y sus chillidos son fuego, y la muerte  
es un grumete que cepilla la cubierta  
de tu barco, Virgilio, de tus potros, César,  
y el mar es el vestido azul y puro  
de una mujer sin ciclo y sin memoria,  
una mujer que roba los quejidos, una  
sin defecto, como tú, ángel de fuego,  
nada se compara a ti cuando vas por las sombras,  
y das miedo. Pareces desalmado,  
más desalmado que un beso final, pareces  
hundir espinas en el alma, dilatar la sangre,  
avanzar por el campo con mirada estudiosa,  
querer sacar fieras inmensas y abisales,  
tú, tú que entras como filtro, te estoy viendo,  
entrar como un cuchillo, cual la gota  
que cruza toda piedra como esponja,  
tu fuerza está en tu entrega, tu poema  
parece la escalera de emoción que cae,  
el tiempo sólo es Newton, que acelera,  
una palabra en latín, una tormenta  
que menciona el lago de Petrarca,  
palabras, arca.

Ya que demoras, Amor, pocos te esperan,  
y Phaidros tiene la esperanza de alabarte,

y yo tan sólo rabia, describirte.  
He equivocado todo, pero no me he equivocado,  
ardor de anís en mi garganta, cruje  
como un grito, como cuando se nace  
y Hermes nos deja las huellas de sus manos  
con una palmada de atardecer. El ímpetu  
nos viene de la madre, que amanece  
nos da espuma por enero, febreros en su leche,  
con sus marzos de insomnios. Me consumen  
los celos de la ira, los enojos,  
saber que te ama el otro, y que prefieres  
leer el Don Quijote que editara  
Ibarra, y dejas mi tomo miserable  
al costado, sin fuerza y sin secreto. Me dejas,  
y los pájaros, cual hoz, me cagan  
la frente, la imagen, la anamnesis,  
se burlan de mi antiguo catalejo,  
me manchan los papeles, rompen tinta,  
y qué dolor perderte, tú pareces  
los rayos, que son manos de un ángel  
lleno de ira, y sus cabellos son la borda del tiempo,  
y las rosas sus mejillas, y los trigos  
ya no saben transcurrir. No sublimemos,  
el mundo es letra, es sol, cadena,  
mastuerzo que nos lame cada llaga abierta en la partida,  
muerte de las plantas con los brazos secos,  
entendimiento.

Recuerdo que fui Icaro y que mi nombre proviene de Car o de Cari, diosa de la luna. Recuerdo cada año que he perdido escuchando a los grillos por la noche con los brazos en la nuca. La cólera es el amor divino, las manos del tiempo dan color a las tardes, son martillos que aplastan las estrellas para robarles luz, para sacarles chispas del pecho costillado. Cada paso que das, caminante, es un aspa, un ancla de olvido, un barco que no recuerda su puerto, y la muerte nos llama inútilmente, y el afán no basta. Náyades, náyades, dichosa la neblina que os toque. Náyades, náyades, cantad con mis estrofas funerarias. Fui un nombre retorcido, mis ojos de perro y mi coraje de carbón que se astilla. Yo alguna vez fui olor de primavera, cuando la linfa me fluía todo, haciéndome olvidar ya todo, y la paciencia, la paciencia es la conducta de un ángel, pero el hombre quiere ser Pegaso, porque ignora cómo cansan los lomos, ignora que el viento es una rosa cuyos pétalos cobijan un adiós. La lluvia es piedra angular de la noche, de la noche, de la noche. Los truenos son los poros de lo eterno que se rompe en mil torrentes. No hay sabiduría. Sobre la tierra no hay nada que el hombre logre,

algo capaz de ser con arte consumado. Los puentes son la magia, la magia es un tejido de suspiros, un conjuro. O se es puente, o se es río. O se es hombre, o se es mujer. Y qué hermoso río, mujer, te corre del vientre. La vida es tu derecho y tu sexo lo retiene todo. Dueles. Dueles como la memoria, como las imágenes pasadas que acuden todas juntas como espumas, como olas de ira que revientan los peñascos y derraman la tinta en el agua. Por eso, mar, tus aguas son saladas. Por eso, mar, tus aguas son oscuras. Eres ráfagas, mujer, no tienes perdón. Tus mejillas son distancia, caramelo en claveles, todos quieren ser amados, y el cínico agrega sus etcéteras de fuego gozando por partir tu cuerpo. Eres el combate de Guernica, de Verdun y Miraflores, y en tu rostro está Selene. Eres balcón cada vez que yo te escalo, trueno loco que calla, silencio que se muere en su vivir caníbal. Eres cada sed, pareces ser eterna. Te quedas en el hambre que me doma, en los años que han llovido tras la espera. Angustia, angustia, mil cartas yo te escribo. Junto tus pedazos para quererte siempre, para sembrarte la mirada sin secreto, para amar tu surco, manjar que cubres con tu mano pudorosa, eres un tren, mujer, un pasadizo que amas, eres el mejor de los caminos, hermana mía, te amo con tu porte, tu distancia y tu orgullo, te amo inútilmente y el frutal se me hincha. Déjame cobijarme en tus labios, ser, no ser, morir.

Yo te voy a querer como el agua, porque quedas  
como hexámetro de tiempo en los instantes,  
eres la historia del olvido que cae en la flecha,  
palabra que se enreda con corriente de rimar homérico,  
no hay nada como amarte aunque me olvides,  
como huir de tu misterio noche a noche,  
no hay cosa que parezca ser tu dicha,  
tu gozo sin ausencia de frutales.  
El mundo es como un puño sin su hueco,  
sordera que derrama tus glaciares, Groenlandia,  
mis huellas se derriten en el viento,  
y se hunden cual campanas por la noche,  
la vida es como un juego que cosecha  
mil lirios, buganvillas, tiempo nuevo  
que nace en laberinto y telaraña,  
tu boca es roja y blanca, cual paloma,  
tu boca es un fortín de calcio grave,  
tus pechos son el borde del silencio,  
techo sin culpa que conoce el alma,  
universo de adiós, luz que se pierde  
buscando proporción fatal, locura,  
¿recuerdas la inocencia del viajero  
que vino a por buscarte como un niño  
con sus espaldas cargadas y los hombros sangre?

¿Recuerdas que la lluvia es el vivir de siempre,  
la tarde que florece en la mirada,  
virgen eres, mujer, eterna peregrina,  
eres virgen como los pliegos que Plutarco  
no pudo escribir bajo su voz, la sombra  
se pierde entre los surcos labradores,  
un puerto ya te espera, puerto macho,  
rada sin propiedad, campo perdido,  
tus aguas se parecen al olivo que arde,  
tu sexo es una calle sin su bruma,  
distancia que despuebla la mirada,  
tarde en las huídas, lentitud que calla  
las formas que se enredan en praderas,  
la luna es una gota de lo eterno,  
lo eterno es cantidad, grupa del alma,  
crin del desconcierto, nave nueva,  
tus besos son las llamas de lo que arde,  
la lenta diversión, la travesura,  
parece tu mirada, Blancanieves,  
llorar como sirena por Barranco,  
tu adiós es como látigo de Venus,  
banquete del delirio, vagas quedo,  
vagas por las cosas, como si algo  
dellas extrañaras, y acudiera  
la nostalgia para abrirnos llagas al principio.

Amiga mía, tú, qué hermosa eres!  
He creído tanto, ante los ríos que sembraba  
Apolo en sus dolores quietos, he creído  
en la lluvia acurrucada en los anhelos,  
en tu susto de gaviota que no chilla,  
en la muerte que a los tréboles acecha,  
en tu cuello, que es cocina y biblioteca  
del alma o del ayer. Yo te he creído,  
dispersa sobre el mapa de los sueños últimos,  
frambuesa pura, rompes todo y enloqueces  
la brújula que pierde gravedad, la piedra.  
Te he ubicado en el ayer sin lugar y sin grito,  
en las madres que contemplan a sus hijos,  
te he sentido entre mis huesos, en los libros,  
en los libros que son olas de materia abstracta,  
te he, te he, yo te he. Y el dolor es el exceso,  
tierra que no entiende las cúspides que callan,

mar que se quiebra la boca al morder el olvido,  
pantera inmensa, tu nombre es cielo, es fruta,  
ángeles de Alberti, silenciar, María,  
Laura, Loba, Invento, Insomnios o Cristina,  
tu nombre es cuando toco lo de luna  
y nace el gusto en la lengua, la negación en la boca,  
porque el juicio es la nada y el saber es un sueño,  
yo te he visto en el mendrugo ajeno a la panera,  
te vi en todo, en la niñez, metáfora rasgada,  
tu savia se derrama por los tallos de mil lirios,  
la tarde eterna expira con la luz, metamorfosis  
cunde ayer, porque tus manos han tejido  
el azar del amor sin mientes, yo no entiendo,  
y aunque muera, no entenderé, mi ser  
consiste en ser tiempo sin años, y los años  
pasan como liebres, como peces  
se multiplican, como cumbres se me escapan,  
como cumbres que mis manos estiradas alcanzar querían,  
tiempo, eres un monte que nos da la recaída  
de aquella enfermedad: la vida. Tiempo,  
te ama la mujer que carga el cielo, te ama,  
y yo la amo, y que te ame es mi condena,  
y mi voz es como puerta con las bisagras añejas,  
puerta pisoteada por el viento, mordida por las ansias,  
puerta que imagina recordar que la tocabas,  
puerta que no sabe si ha existido  
la existencia, ese Narciso testarudo,  
la existencia, pobre náufrago sin cena,  
la existencia, noche en celo como gata,  
negra como la brea sin futuro, negra  
como un sufrimiento que dura, negra  
como la aurora del trabajo, cuando el lirio  
se cansa de embriaguez y muere el sueño,  
bendita la niñez que dice todo,  
como por ejemplo: ¿Quién podrá poseer?  
¿Quién es dueño de las aguas, de los juegos  
de los niños, de la mujer si la abrazamos,  
quién es dueño del fracaso y de la fama, quién  
podrá ser todos, y soñar que en todos  
se disipa el saber, la rabia, los rencores,  
que en todos está el susto que se escapa y magnifica  
la vida que se espanta al verte, mi agonía,  
saber que ya no hay culpa, que la culpa

consiste en poco amar o en concentrarse  
en una sola y convertirla en piedra,  
y yo amo y doy de palos a las tardes,  
cazo a las noches, que son zorras del poema,  
cazo al silencio con sus nubes de algodón que grita,  
y la alba oscura es la que a mí me caza,  
la duda que parece ser Simbad, perdón, porque mi culpa  
consiste en no dar libertad, esa es la culpa,  
la culpa del rapsoda no es el verso malo,  
ni el número perdido: su culpa es la arrogancia,  
como si sólo suya fuera la historia. Suya,  
sin saber que las mujeres sufren, suya,  
aunque muera en la trinchera algún geómetra  
o pintor de joven, y las guerras estrangulan  
el pasado, matan bien, y ríen  
al matar. Estamos presos, mirada de aceituna,  
estamos presos en la falta, presos en un sueño  
y en el sueño moriremos, sin despertar, Amiga mía,  
moriremos en insomnios asfixiantes  
en los versos castellanos, su candela  
surge de las piedras de castillos derrumbados,  
de los consuelos que da el río roto,  
del hoy que se destroza hace dos horas,  
de la distancia, cuyo origen muere  
en sábado, pero la mano es fuente  
del miedo de morir. En ella vemos  
nuestros ojos como líneas, convertidos  
en ríos, ríos, ríos...

Te he querido. Y queriendo es como somos  
los que somos, las distintas calles  
que habitan en las cejas, y los sueños  
que no sabrán incorporarse esta mañana,  
y los naufragios que nos quiebran alma,  
sacándote nostalgias, ya quimera,  
el verbo es una parra que se queda en vino,  
malecón de silencio, precipicio en arrullo,  
sinrazón de las olas que conjuran un nombre,  
la mirada de tus ojos, oh Virginia,  
los mares te coronan como reina, cada río  
ya lleva algo de ti y de tu discurso,  
la mujer es el río, Heráclito el vacío,  
hombre que llora mientras cae la tarde

cansada de tanto luchar, de escalar albas,  
de buscar el vuelo en que podríamos  
quedar. Pero el miedo es un insulto,  
y quedar es el miedo, el desprecio:  
queda el papel con tu recuerdo, Ovidio,  
para que nadie sepa que lloraste mucho,  
queda la caída marcada en la rodilla,  
las estrellas que asfixian la tarde,  
queda el Amor que entre sus lágrimas no pudo  
decir que amaba y recordando huía,  
queda ese hielo que arde como fuego en las mejillas,  
esas ganas de morirnos en Islandia  
cada vez que nos volvemos, sin querer,  
para verte, ya lejos, con el otro,  
y no poder debilitar esta memoria,  
ni dejar de verte en las mañanas,  
cuando el mirlo corretea a la paloma  
mostrando amor. Tú constas  
de olvido mil veces, de espíritu, de cura,  
tu peso es un diciembre de lectura, fragua  
que duele. Eres fénix que en los sueños reconstruye  
mi pasado entero, con su furia y su cariño,  
hay algo de ceguera en ti, pues lo ves todo.  
Algo de fuego con tristeza que crepita  
los vientos. Los crepita, transitivos,  
como una noticia que se filtra en el pasaje  
Abregú, ser patinado, artificial memoria,  
parece que te acabas, pero entonces  
es cuando creces inundando  
con tus olas espumosas toda Plaza,  
es cuando el pero calla y trata de volverse místico,  
porque el Decir es un santo que no sabe,  
ángel que fue, pero que yace en charco,  
siembras todo sin dejar una pista,  
eres como yo, cuando persisto en la espera  
aunque la carta de Phryne nunca llegue,  
ansia siderúrgica, Babel sin cuerpo,  
los plazos dados se han vencido,  
y no hemos derrotado al hambre, a la ignorancia  
ni siquiera en sueños. Vence el plazo,  
y la memoria acaba, no hemos sido  
los que debimos, Eva, tu mordisco  
nos vuelve a transformar en cada beso,

la luna fue tu cántaro, Pandora,  
el tiempo es una lupa, el cuerpo  
de una mujer es un desierto que arde,  
hermosura al ser, párpado niño,  
tu sexo se parece al Nilo, fluye,  
nos trae tiempo de sembrar, la quieta acacia  
y el junco se agachan a beber tus aguas,  
estás desnuda como el viento cuando sopla,  
y todas las manos con sus callos te ansían,  
te ansían los porqués, los tiempos,  
el silencio de lo que es, la lluvia  
quisiera rebalsarte, arder en tus confines,  
y tú callas, porque siempre se exagera  
al decir que se ha querido siempre

Voy embriagado por el mundo postrimero,  
primavera me ha hechizado, proporción sin anhelo,  
voy ebrio sin potencia de alazán de madrugada,  
muero los prados con mis hambrientas herraduras,  
porque preguntar es soñar el camino,  
y callar es nacer. Voy renaciendo  
para el alcohol que no bebe Blancanieves,  
eres una púa, licor, te siento desierto  
sin actos, con los miembros, tus arenas, extendidos,  
te siento algo más, pero no entiendo,  
me impresionas, me ejecutas la garganta,  
la voz se me seca como una mano que recoge  
piedras, como una mano que arranca rosas  
y siente que son puente las espinas. Hundo  
mis dedos en vuestra alma, espinas,  
vosotras sois el sol, la marcha, los horarios,  
habitáis en el fuego del maíz sobre el campo,  
en los filos del arado que se excita,  
en los rostros de los puros girasoles,  
y en este cuerpo, punto del camino  
ineludible. El cuerpo es angustia,  
represalia del tridente, insomnio. El cuerpo  
es una puerta cuya casa tiene roto el tejado,  
una golondrina que visita un balneario  
en los peñascos del viento, Barranco,  
juventud que cabalga en las noches, fiebre  
sobre la fiebre que aterriza como un ave  
en la frente del que está muriendo. Un ángel

asciende por tus piernas, Sócrates,  
un ángel en discordia con la parcas,  
evita que seas pasto de las ménades,  
y qué dicha da volver, qué dicha  
retomar el arado que dejamos  
al nacer. Retomar el surco bajo un sol distinto,  
y olvidarnos, como el mar, de que hemos sido,  
ya no soñar con un plato de áfacas que humeaban,  
ni añorar la dulce entrada sin salida,  
donde hubo tanta dulzura,  
tanta!

No tengo. Yo soy, y no tengo.  
Y si tuviera, no sería. Sólo sería  
una broma de demiurgo cansado, pobre broma. No tengo,  
no tengo ni el grano que escarbo bajo el sol, soy una nube,  
que descende para hacer contigo, rosa virgen,  
lo que hace el mar con las redes, para hacerte  
enfermar de amor, de mañanas, de morir.  
Porque el amor es un hoy que se muere,  
una herida sin ave, una presa sin golpe,  
cuentas que está debiendo el alma de atrasado,  
helecho del adiós que entrega sus esporas,  
balcón de saciedad, Amor es cuando un hombre  
fecunda a una mujer en la escalera.  
Amor es cuando suena la partida como un eco,  
cuando hiere mejor que nunca cada flecha  
y un nombre en los ojos no se borra,  
Amor es dejar de ser, es seguir siendo,  
ser fiel en adulterio, ser asceta  
que en sueños ve tu seno y siente  
un remordimiento sin fondo, duro, de alcornoque.  
Amor es ser correo que no llega nunca,  
cartas que está escribiendo algún muchacho todavía,  
causa de vida en las montañas, causa  
de la lentitud de las tortugas, causa  
digna de salvarme o de volverme loco  
-dos nombres para el mismo precipicio-, causa  
que tumba las paredes de la cárcel, cañonazo  
en el centro de las cosas, caminante en delirio,  
pan ganado por delito, picaflor en capullo,  
barco que se escapa, lista de mil nombres,  
Amor, niñez, eso tú eres: Araucaria

que crece como el llanto de Cupido  
porque el carcaj se le ha perdido  
y el arco se le ha roto. Llanto  
hay en ti, Amor, estás en la madera  
de la mesa que sangra el vino de mi boca,  
estás en el espíritu del alcohol, que como arado  
estalla en las entrañas de mi miedo. Llanto,  
hay que saber perderte, abrirse trocha,  
ser como el que vuela, amarte y olvidarte,  
no dejar que la tristeza nuble  
los años que nos queda. Ser magia,  
porque en la vida o se es magia o no se es nada,  
hacer que vuelvas tan atroz cada mañana,  
que vuelvas por tu cuenta con la dicha  
en el seno. Sentir que te he perdido,  
pero que no te he perdido, porque la tierra  
que pisamos es la misma, y el mismo es el llanto  
y el río, aunque distintos  
sean los ardores de nuestro cuero. Distintos  
como el papel y la tinta que lo mancha,  
como el monte y la cabra que lo escala,  
como el azar y los caprichos de Proteo.  
¿Qué traza en mí el proyecto de olvidarte?  
Proyecto que no duele y que repite sin medida  
que ya no te quería, aunque quería  
darte una noticia detrás de cada campanario,  
dormir contigo, como el río en el ruido,  
volvete de agua, porque sólo el agua está presente  
en el sediento que conjura intermitente  
sus visiones de oasis con camellos,  
con palmeras que escalan el cielo,  
el cielo niño que recorre ya las venas  
de las uvas tintas que darán buen vino.

No quiero que mi cuerpo sea tu ataúd, Amor,  
ni ataúd del alcohol que bebo, ni ataúd  
de los artículos leídos entre líneas,  
ni del cantar del gallo que en el brazo lleva  
Critón tras quitarle las espuelas. El Amor  
es un refrán, es molinito, es la resaca  
que nos queda de la poca eternidad que ya perdimos,  
calle sin nombre, tan perdida, que algún día  
en los brazos la recibimos, para quererla

y recorrerla, y ser el devenir que trae el cielo  
con su rostro de tierra y sus estrellas de mapa,  
su ayer de silencio y su espera sin domingo.  
No quiero que el siglo brinque por los techos  
como diciéndonos: "Habéis dejado que se pase  
todo tan rápido. Merecéis apocalipsis." No quiero  
ser esencial ni concentrado, quiero amar  
el vuelo, el agua, las palomas y lo oscuro,  
quiero amar los pensamientos que se caen  
a la par de los cabellos, pero nunca  
a la par con Londres, donde el alma se convierte  
en algo de dinero y muere. Yo prefiero  
vivir en laberintos y morirme de hambre. Yo prefiero  
ser un cataclismo interno y callarme la boca.  
Prefiero sentir que eres un farallón, mujer,  
besando al mes de mayo, con adiós, con fuerza,  
prefiero amar por Praga algún recuerdo dulce,  
cazar mi amanecer, creer que hubo Quirón,  
que hay hadas en el trago de la vida,  
que no hay que ser el primero, yo maldigo  
la anchura del que dice ser mejor.  
Pues yo no soy mejor. Yo soy un día. Soy la rueda  
que se pierde en la noche. Y amo ser la noche,  
amo la noche cuando duermo quieto  
y sueño con un beso que no es largo  
pero que es eterno. Un beso sobre el labio,  
sin antifaz, sin muerte, sin recuerdo.  
Sí, porque todo es sueño, hasta el ocaso,  
los labios, tocadlos, son tan sólo signos del viento,  
los ojos son símbolos del existir que vaga,  
de un adiós que duele y reconforta,  
de una vida sin pared, de un hogar sin techo,  
de una niñez sin zapatos, de un sueño con desvelo,  
de un llanto con su miedo ante la costas  
del país que se llama "Perderte", de ese país  
que en verdad se llama: "No haberte tenido".  
Y mi voz, esfinge loca ¿podrá perder  
los recuerdos que no tuvo? Ah, perder,  
perder la vista o perder el espíritu,  
perder el fuego o el adiós que llama,  
perderlo todo. Todo. Todo.

¿Qué pienso cuando digo todo? Somos sombras,  
polvo que se encuentra descrito en los espejos,  
miradas que suenan, labios de abismo.  
Dime algo, mujer, sonríe,  
sonríe con tu pureza que no tiene nada  
ajeno a ti. Sólo tus sueños,  
sólo tus sueños te mantienen viva. Y el reloj  
te engendra mil dudas, porque uno nunca llega  
a tiempo. Uno es como la pena, que llega tarde,  
uno es como una campana que marca las seis a las siete,  
un camino que pierde su horizonte en los atajos,  
un papel que quema cada vez que se han leído  
las mismas palabras. Uno es un aliento gastado  
a los tantos años. Y el deseo es quimera  
que abraza a la tarde, no la roba,  
abrázanos, tarde, y vuélvenos cielo,  
porque nos está haciendo falta querer,  
querer el ayuno del alma que es el olvido,  
querer el sí que desfallece de dicha,  
querer el tanto que en los días cruje,  
y seguir queriendo, aunque el mundo quiera  
acabarse en nuestra frente, hacerla prisionera,  
yo te seguiría queriendo, aunque tengamos  
que vivir en cavernas. Aunque tenga que darte  
a comer mis manos, aunque el tiempo,  
esa tortuga, no nos diera un hijo,  
y nos rompa la mirada y nos robe el sueño.  
Pero, ¿para quién prometer? El mundo cesa  
ante el tránsito de mil promesas  
que no se cumplirán,  
y sólo un eco son.

Eucalipto hubiera sido. Hubiera sido  
un trozo de verano en la arenas. Hubiera sido  
una trucha mencionada por Homero, o un salmón  
diseño de demiurgo, un truco  
del mago que nos da un conejo,  
y nos saca un nuevo día del sombrero,  
diciéndonos: "Uno más uno es dos, hay que amar",  
y nosotros aprendemos, sentados en un rincón,  
pero aprendemos, y los páramos se meten en los ojos,  
y el sudor de las esperanzas, y aguacero  
se nos hace la boca, el paladar

es la bruma del tiempo entre las manos,  
y recordamos los tiempos, lejos,  
cuando bebíamos café por moneditas,  
y el cielo era nuestro preso. Lo teníamos  
encerrado en el corazón, y nos dictaba  
algo de cátedra, un anzuelo, una verdad, un rostro  
que cobijaba jaulas y silencios  
y apariencias y pretextos  
que ya no caben más en nuestros ojos.

Somos Dédalos anónimos y el amor  
no tiene arquitectura. No es alba callejera,  
es planta primordial exaltada en el abrazo  
que acaba. Además ¿no es asalto del otoño?  
Otoño sin cuadrante y sin hojas suficientes,  
amar es ser viento, ser las hojas, el olvido  
y latir con el volcán del pecho, la duda  
sabrán sonreír, correr por la orilla,  
y a los quince años se acercará en silencio,  
como el león que cree haberlo visto todo,  
y no podrá cazar. Hay un león adentro  
sin su garra y con negación, le crece el verbo  
como una amenaza. Ese león es un ángel,  
y ese ángel Amor. Amor que despierta  
y busca, y cava un desayuno de azucenas,  
y muerde la distancia, ese mendrugo,  
para seguir viviendo, para hallar nuevas junturas,  
y creer que Monet es nuestra niñez detrás de Cronos  
que roba con tambores las vírgenes de Troya,  
y vaga por los cuerpos, los arruga,  
y los llena de fondo. El amor parece  
un dios intermediario entre los hombres  
y los dioses terribles, guardianes de jardines,  
el amor es una red que nos retiene  
de las piernas, nos vuelve unas llanuras, crece,  
es una red que no empuja mientras duele,  
un hábito cruel, un cuerpo que atardece,  
amar es reunir los trozos que las ménades  
dejaron del cantor llamado Orfeo,  
el alma es lluvia, es agua que ata  
la tarde a la mañana, la distancia a la presencia,  
y el corazón retiene los secretos  
conocidos. Pero el mundo es infinito

y no hay alma que lo tenga todo, no hay cartero  
que traiga las noticias más lejanas,  
no hay día cuya entraña nos azote,  
ni un arca que rescate campanadas,  
porque todo es blancura sin su nieve,  
el cuerpo olvido de dulzura.

Quiero tocar tus rótulas, Amor, tocarlas,  
morderte, Dulcinea, ser Cartago,  
arder contra corriente y ser olvido  
por fin, porque la espera gasta  
los últimos cabellos, la cabeza  
que pierde acentos por las noches,  
multitud de ayer, garra del aire,  
el viento te roba mil caricias con sus dedos,  
el agua se derrama en tu mirada  
y eres. Porque si no fueras, qué sería  
de los cuadros de Monet o de Archimboldo,  
qué sería de Aladino sin su lámpara,  
del otoño sin invierno y sin tampoco,  
del puente sin carreta que la cruce,  
pero la rosa esconde faz en cada lirio,  
y el Amazonas no será sin Orellana,  
y la nieve no desciende sin Alaska,  
sin ti, sin despertar, sin la mañana  
que pueda desnudar las ínsulas de nuevo,  
ínsulas ocultas, extrañas, y la vida  
cae como granizos, ilusiona  
y vuelve siempre. La hermosura  
habita en la tardanza, en el regreso,  
en la harina que se amasa con rodillo,  
en la pátina que puebla las campanas  
y en la nada. Rosa hay en la nada,  
y sólo importa hacer. En la mirada  
hay más que hacer, hay ángel,  
sangre que derrama mil desiertos,  
oasis que conjura ansioso  
tu presencia repentina, dromedario,  
la rosa es como un yunque sobre el labio,  
mujer que lee y que sonrío, catedral del anhelo,  
niñez, niñez, ángel al lado,  
¿Llevará el correo, el Rhin, o el viento  
esta carta de amor o lo que siento?

Edición digital Revista literaria Katharsis  
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008